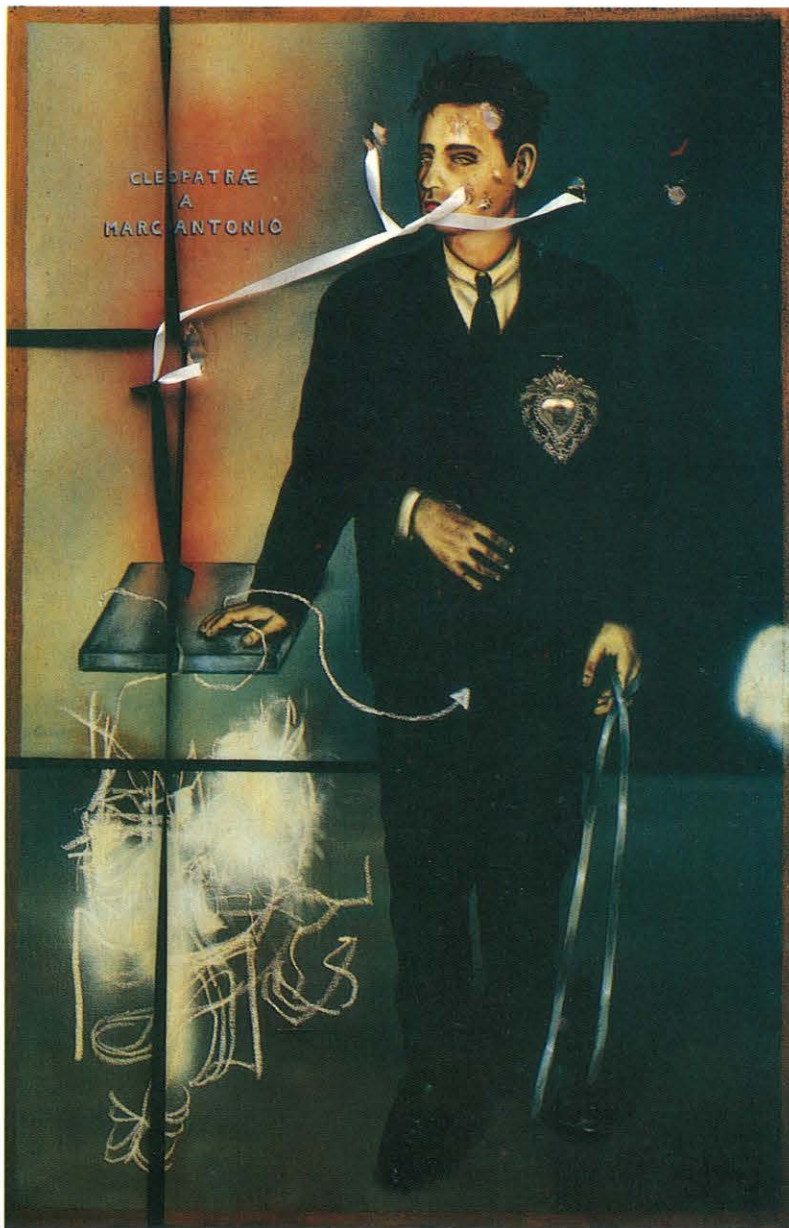


Luvina

literatura y arte • 7 • enero-febrero 1997

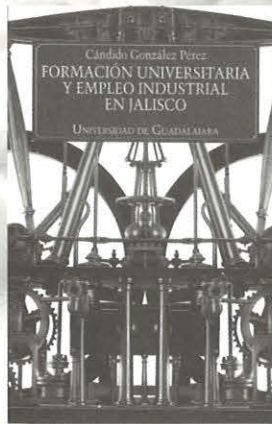


- ♦ La luz de los sentidos, entrevista con Jorge Esquinca
- ♦ Narrativa de Jorge Valencia ♦ Poemas de Ramiro Lomelí
- ♦ Julio Galán: el rostro y la máscara

♦ UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA ♦

♦ \$15.00 ♦

NUEVOS TITULOS DE LA UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA



↙
Cándido González Pérez
*Formación universitaria
y empleo industrial en Jalisco*
168 páginas, \$ 38.00



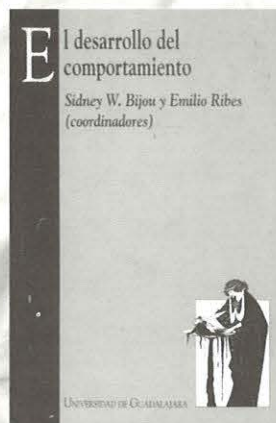
↘
Ramón Gallegos Nava
*Religión y psicología
en emigrantes mexicanos*
69 páginas, \$ 27.00



↙
Jean Papail y
Jesús Arroyo Alejandre
*Migración mexicana a Estados Unidos
y desarrollo regional en Jalisco*
164 páginas, \$ 40.00



↘
Jorge Durand (coordinador)
*El norte es como el mar
Entrevistas a trabajadores
migrantes en Estados Unidos*
252 páginas, \$ 45.00



↙
Sidney W. Bijou y
Emilio Ribes (coordinadores)
El desarrollo del comportamiento
288 páginas, \$ 48.00



↘
Francisco Javier Fuentes Talavera,
José Antonio Silva Guzmán y
Ezequiel Montes Ruelas
*Manual del secado técnico
convencional de la madera*
124 páginas, \$ 30.00

adquíeralos en: *coordinación editorial* UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

francisco rojas gonzález 131 [entre av. méxico y justo sierra]
ladrón de guevara CP 44600 guadalajara, jalisco, méxico
teléfonos 91 [3] 615 7589 / 615 8742 Fax 615 8192
horario: de lunes a viernes, de 9:00 a 15:00 horas

Programa Universitario



Promoción a la Lectura

Los autores en tu escuela

Los autores en tu escuela

Los autores en tu escuela

Los autores en tu escuela

Los autores en tu escuela

Los autores en tu escuela

Los autores en tu escuela



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

Coordinación General de Extensión

COORDINACIÓN DE PROMOCIÓN
Y DIFUSIÓN CULTURAL

5 Entrevista con Jorge Esquinca
La luz de los sentidos
León Plascencia Ñol

7 **Trazo para una adivinación**
Jorge Esquinca

9 **Mariana y los gatos**
Jorge Valencia

14 **El último viaje**
Hilda Figueroa

15 **Pez de la tierra**
Luis Medina Gutiérrez

17 **Un armario para Teresa**
María Eugenia Villanueva

19 **Himno en la ciudad**
Ramiro Lomelí

21 **Thuck-thuck-thuck...**
Yerania Valencia

33 **Tres poemas**
Miguel Ángel Plascencia Ñol

35 **Ni un roce**
Luis Martín Ulloa

40 **Tres poemas**
Guadalupe Morfín

en
taller

- 25 Julio Galán:**
el rostro y la máscara
Baudelio Lara

en
visperas

- 43 Dancing**
Octavio Romero

del
morrón

- 47 Jacinto Grau:**
un dramaturgo socialista
contra la burguesía
Ho-Sang Kang

- 51 Poemario**
Recuerdos de la Casa Azul
de Jorge Arzate

- 53 Cuentos**
El evangelio, las mujeres
y sus hijos, según Martha Cerda

En portada:
Julio Galán
Mis amigos secretos, 1992



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA: *Rector general*, Víctor Manuel González Romero; *Secretario general*, José Trinidad Padilla López; *Vicerrector ejecutivo*, Misael Gradilla Damy; *Coordinador general académico*, Diego de Santiago; *Coordinador general administrativo*, Adolfo Espinoza de los Monteros Cárdenas; *Coordinador general de extensión*, Roberto Castelán Rueda.

LUVINA: *Coordinador editorial*, Cesar López Cuadras; *Consejo editorial:* Martha Cerda, Efraín Franco, Baudelio Lara, Jorge Orendáin, Víctor Manuel Pazarín, Guadalupe Sánchez, Marco Aurelio Larios, Wolfgang Vogt. *Diseño:* Avelino Sordo Vilchis; *Corrección:* Brígida Botello Aceves. Oficinas: Vallarta 1668, 44170 Guadalajara, Jalisco. ☎ (913) 615 4922, 615 4930 y 615 4980. FAX 615 5018. *Diagramación y tipografía:* RAYUELA, DISEÑO EDITORIAL. *Preprensa*, Color 4; *Impresión*, Doble Luna editores e impresores, s. a., Ing. Hugo Vázquez Reyes núm. 24, Los Belenes, Zapopan, Jalisco, México.

Centro Cultural
CASA VALLARTA

UN ESPACIO MÁS A TU CONOCIMIENTO



Exposiciones de:
Pintura ★ Fotografía ★ Escultura
Videos ★ Música ★ Café

Av. Vallarta 1668 ★ ☎ 615 49 30

Entrevista con Jorge Esquinca
La luz de los sentidos
León Plascencia Ñol

Habíamos quedado con Jorge en realizar la entrevista en los últimos días de diciembre, quizá de alguna manera posponiéndola, porque –debo confesarlo– era la primera que yo realizaba. Así que ese viernes a las dos de la tarde me hallaba tocando a su puerta un poco temeroso, con una grabadora prestada por un amigo y sin un cuestionario preparado de antemano, me enfrentaba al azar y a un hombre sencillo y amable como siempre. No sabía que la entrevista había iniciado la noche anterior en una fiesta en donde Jorge Esquinca y yo habíamos estado charlando durante mucho tiempo, así que lo que platicamos ese día y lo que continuó en los días siguientes, ya a manera de cuestionario, sería la entrevista. Pasaron muchas cosas, la primera, no se grabó la charla, quizá debido a mi inexperiencia o a una falla de la grabadora, quiero pensar que fue esto último, ya que en mi casa la había probado sin tener ningún problema. Pero bueno, las cosas así suceden. La segunda fue el descubrimiento que me hizo Jorge de Tori Amos, una cantante sorprendente, que a su vez fue un descubrimiento que le hizo Jis, el monero, a Esquinca. La tercera y última fue confirmar que me encontraba con un poeta apasionado con la vida misma, con la poesía, algo que de alguna manera había intuido al leerlo.

Autor de libros fundamentales como *Alianza de los reinos*, *El cardo en la voz* (ganador del premio de poesía Aguascalientes 1990), *Paloma de otros diluvios*, *El sol de las cosas*, *La edad del bosque* y *de una antología realizada en Colombia*, *Ejercicio del agua que arde*.

«El poeta es solamente un testigo de lo que es, como decía Hölderlin, y no hay que ser un Hölderlin para decir lo mismo: *Para esto le fue dada al hombre la palabra, para que dé testimonio de lo que él es*. A la palabra hay que cuidarla, hay que ganarla, hay que temerle. Pero no por iluminación nomás, sino por dominio, por saber silabear el mundo. Uno está ejercitándose, está respirando; ¿cómo vamos a saber exactamente lo que decimos o lo que escribimos? Conocemos el motivo, el desconocimiento, la pérdida de la amada. También se puede escribir desde la reflexión, como Eliot o Valery. Pero tenemos otros que aceptamos la entrada, durante la escritura, del relámpago enigmático; entonces el texto se te escapa y no es ni la vivencia ni la reflexión. Es una llamarada, una luz centelleante que se apodera de ti y entonces tienes que seguirla.»

Dice Gonzalo Rojas estas palabras que muy bien podrían servir para explicar, entender –explicarme, entenderme–, la poesía profunda, gozosa como una luz de los sentidos, como una herida abierta en la piel de las palabras, lúdica, epifánica, amorosa, sensual y viva, de Jorge Esquinca.

Lo que sigue es el resultado de ese encuentro.

Luvina: Dice Tsvietáieva que de un sueño o una pesadilla se despierta y se sale, pero que de la poesía no, se aferra uno a ella, ¿tú qué opinas?

Jorge Esquinca: Es verdad. La poesía nunca es un sueño, sino la manifestación más completa y más profunda de lo real. Lo Real absoluto, como decía Novalis.

L: ¿Qué haces mientras esperas que vengan a ti las otras voces, la poesía?

JE: Hago traducciones, escucho música, me voy de juerga y converso con los amigos. Trato de estar el mayor tiempo posible con mis dos hijos. Visito a Alicia y juntos durante horas vemos el cuadro en el que está trabajando. Leo, voy al cine. Miro la tierra y de vez en cuando también el cielo.

L: «La condición creativa es una condición de alucinación, hasta que no ha comenzado es *obsesión*, hasta que no ha terminado es *posesión*. Algo, alguien se apodera de ti, tu mano no es más que un intérprete, no tuyo, sino de otro.» ¿Quién es?

JE: Uno desea, uno espera –pero esto es algo que está más allá de uno– que sea la mano de Dios, o del abismo. Es decir, la mano de la poesía.

L: Uno de tus poemas que más me gusta es *Muchacha en la playa junto a una palmera*, dedicado a tu madre, ¿cómo surgió?

JE: Mi madre era una mujer hermosa e inteligente. Murió bastante joven, así que habré de recordarla siempre hermosa. El poema surge de una breve película que mi padre rodó durante su luna de miel en Acapulco, al estilo de aquellos años. Nosotros veíamos esta película de niños, en las reuniones de familia. Hay imágenes de ella que no olvidaré, especialmente –y perdona que insista– la juventud y la belleza de mi madre. Para mi fortuna ella conoció este poema y le gustaba mucho.

L: Dice José Kozler que él para escribir necesita otros elementos ajenos a la escritura, por ejemplo: hojear libros de arte, de pintores no tan conocidos o escuchar música un poco olvidada de autores menores, porque esto le permite más libertad a la hora de crear, ya que no se haya frente a la figura tutelar de un artista imponente. ¿Cómo trabajas tú?

JE: Oigo mucha música y fumando espero...

L: Noto que la gran mayoría de tus textos son o, mejor dicho, están relacionados con la mujer, ¿por qué?

JE: Porque la mujer es la imagen más perfecta que tenemos del mundo.

L: También recuerdo el poema dedicado al doctor Nandino llamado *El cráneo de Elías*, ¿de qué experiencia surgió?, ¿cómo conociste al doctor?

JE: El poema fue escrito semanas después de su muerte. Narra sus últimos días en el hospital, la sensación que experimentaba yo al sostener erguida su cabeza para ayudarlo a comer. Había adelgazado muchísimo y la piel de su cabeza se había vuelto tan delgada como la de un niño pequeño. Nandino fue siempre mi maestro y también uno de mis mejores amigos. Nunca le hable de tú, pero en ese poema me pareció que era necesario hacerlo por primera vez.

L: En tu poesía hay un constante diálogo con la literatura francesa, en especial con ciertos poetas, Schehadé, Michaux, Reverdy, Char, Perse, Rimbaud, ¿cómo se da esto?

JE: Leí muy joven a Rimbaud, un verdadero acontecimiento en mi vida, una revelación. La traducción española era bastante mala, pero aún así no lograba disminuir la gran fuerza de su poesía. Entonces me puse a estudiar francés, para poder leer directamente el original. De ahí me seguí con todos los poetas que mencionas y con los años, por devoción y disciplina, empecé a traducirlos.

L: Has experimentado mucho con el poema en prosa y el versículo, ¿es porque tú lo consideras fundamental en tu propia respiración o porque es lo que más funciona para ti?

JE: Sí. El poema en prosa me permite acercarme a lo que René Char llamaba «la fuente narrativa» y con el versículo he intentado recrear ciertas atmósferas de la experiencia interior que están más cerca del canto. Ambas son dos modalidades de la respiración.

Trazo para una adivinación

Jorge Esquinca

A la Espiga

Cuando duermes, hay una región de ti en que estás despierta. Sólo ahí se abre tu deseo, ese cristal que ha de cortarme siempre, en este instante. Tú pareces no saber, pero abres las piernas, los párpados, las nubes. Nada puedo mirar: ciego, asisto a tu nacimiento. Avanzo con el tacto a la deriva, sólo confío en mi lengua, en la muda que ha de repetir las palabras que hemos dicho nunca. Toco tu oreja y encuentro el rumor de un mar en el que has estado sin mí, sola. Humedezco con saliva tu garganta para que no despiertes y en aquella provincia alumbre una ventana. Por tus senos, por tus pezones que duermen a la orilla de ti, sube mi lengua. Tan lejos de tu corazón, mi lengua se alimenta de tu corazón. Dormida, presa en ti, tú misma sueño de Dios, ofreces la espalda. Mi lengua se demora, desciende, quiere saber en ese lugar de nadie y nunca. Mi lengua te busca ahí, se divide en tus muslos, calla con tu sangre que canta y cae entre tu infancia y tus tobillos. Mi lengua, entonces, te sabe hueso, glándula, derrumbe; te lame el alma que ni tú sabías, te va sabiendo en esa región tan parva, tan ácida, tan nube; te va diciendo las palabras que sólo escuchas cuando duermes y te abres, te va diciendo nada, cosa del lenguaje, Señora nuestra, profecía.

Del libro Isla de las manos reunidas, que próximamente pondrá en circulación la editorial Aldus.

L: Todo poeta o artista es un traductor en el sentido más pleno de la palabra, ¿qué opinas?

JE: Se intenta traducir el mundo para verlo más próximo, para alcanzar una suerte de comunión. Para compartir ese conocimiento, esa tentativa que parece ser sólo de quien traduce, pero que reclama ser compartida, ser devuelta así al mundo.

L: ¿Qué tan importante es para ti la amistad? ¿Lees a tus contemporáneos?

JE: La amistad es fundamental. La verdadera amistad –que no puede darse sin el reconocimiento del otro– es imperecedera. No así el amor. Leo con amistad y con atención a mis contemporáneos. Aprendo continuamente de ellos. He escrito con frecuencia sobre sus libros y suelo releer a los que más me gustan: Francisco Hernández, Vicente Quirarte, Myriam Moscona –que acaba de publicar un espléndido libro–, Ricardo Castillo, David Huerta, Rafael Torres Sánchez..., y la lista podría prolongarse.

L: También se es amigo profundo de la gente a quien se lee o se admira, ¿de quién te hubiera gustado serlo?

JE: Me hubiese gustado beberme una copa de ajeno con Rimbaud, pasar una tarde con Rilke en Duino, fumar una pipa con Mallarmé, recorrer una exposición de pintura con Michaux, visitar a Neruda en Isla Negra, recibir una carta de Emily Dickinson. Pero también apenas comienzo y ya veo cuánto podría crecer esta lista.

L: Tú decías que la poesía goza de cabal salud, podrías ahondar un poco en esto.

JE: Así me parece. Este año fui jurado del Premio de Poesía Joven. La decisión fue muy difícil pues había –ya en las finales– cuando menos siete libros muy bien realizados, muy ambiciosos, y muy diversos entre sí. Esto quiere decir que nuestra poesía hecha por jóvenes no sólo es abundante, sino que en ella hay claras virtudes formales y, lo que me parece no menos importante, es una poesía plural.

L: También sabemos de tu relación importante con la pintura, ¿cómo surge?

JE: Durante mi niñez la familia se mudó de casa y ciudad varias veces. Recuerdo que mi padre –que había estudiado en San Carlos– llevaba adondequiera que fuésemos una reproducción de *La hilandera*, el hermoso cuadro de Vermeer. Esta ha sido para mí una imagen central, algo que podía siempre recono-

cer y que de alguna manera me pertenecía. Siempre amé la luz de ese cuadro, el rostro sereno de la mujer, la delicadeza de sus manos.

L: Al relacionarte con pintores y al trabajar en conjunto ¿cómo realizan estos proyectos?

JE: Generalmente, soy yo quien escribe a partir de sus obras. No sé cómo sucede esto, pero hay imágenes que de inmediato suscitan en mí una verbalización, un ritmo, una secuencia de palabras. Pero también puedo decir con gusto que algunas prodigiosas pinturas de Alicia Ceballos y ciertas muchachas que nos perturban en los cuadros de Roberto Márquez, han surgido a partir de poemas míos. Es un intercambio casi siempre feliz y profundamente amoroso.

L: ¿Cuáles son tus nuevos proyectos por salir a la luz?

JE: Durante estos tres años de pertenencia al Sistema Nacional de Creadores pude completar seis libros. Traduje *Emergencias-resurgencias*, un ensayo de Henri Michaux sobre su propia pintura, sobre su personalísimo proceso creador, y *Las alas del dragón*, una antología de sus poemas. Traduje *Nómadas bajo el mismo cielo*, que es una selección de catorce poetas –del inglés y francés–, cada uno con un poema cuyo tema es el amor, o su pérdida. Y, en colaboración con María Palomar, una pequeña antología de Charles Tomlinson. Finalmente, dos libros de poemas míos: *Isla de las manos reunidas*, una muestra de los últimos cinco años de escritura, que publicará Aldus en 1997 y *La eternidad más breve*, mi trabajo más reciente. Pero la poesía puede ser todo, menos un trabajo, como decía –sabio e irónico– el maestro Michaux.

L: Para finalizar, ¿qué es la poesía?

JE: ¿Una manera de respirar, un ritmo? ¿Una vía de conocimiento? ¿Una forma de estar, de ser en el mundo? ¿Una manifestación de lo sagrado? Tal vez sea todo esto, pero sin duda también algo que se nos escapa siempre.

Mariana y los gatos

Jorge Valencia

A Mariana le gustaban los gatos. Le gustaban pardos o negros o blancos y de dos colores o tres..., de tres menos que dos porque de tres suelen nomás ser hembras y algo pareciera traerse Mariana con ellas y con la reproducción. Mamá decía que Mariana era una loca, pero yo dudo que lo fuera si me acuerdo de tío Juventino y que por loco lo metieron al manicomio, donde se quedó para morir viejo. Mariana no, no era como tío Juventino y no encuentro relación alguna de la supuesta locura que mamá le achacaba por su pura preferencia hacia los gatos.

Mariana decía que los gatos son los emisarios del infierno. Como los carteros traen noticias de otros lados, los gatos traen mensajes de un más allá muy tenebroso. Cuando lo decía levantaba mucho las cejas y me mostraba sus uñas rojas y yo que siempre fui un miedoso acabé por espantarme de sus caras y de sus gestos. Se lo conté a mamá y acaso ese haya sido mi error; contárselo a mamá. Le dije que Mariana había dicho que los gatos... Y también le dije del extraño tatuaje que tenía en la espalda: un garabato, un animal rabioso..., pudieran ser mil cosas o ninguna, o lo era todo o no era nada, no sé. Tanto me espantó que por eso se lo conté a mamá una noche cuando me despertaron las pesadillas y corrió hasta mi recámara para abrazarme, para darme besos en la frente y consolarme con que ella estaba ahí mismo para cuidarme. De todas formas no pude dormir. Ni tampoco pude creerle a mamá que

los tatuajes fueran barbaridades de los jipis y de los tontos. ¿Cómo creerle cuando Mariana decía que los tatuajes se hacen por amor? Pregunté a Mariana cómo saber cuándo es amor y ella me lo explicó: *cuando no puedes dormir y si puedes sueñas, eso es el amor*. Y sólo así me explico lo que me pasaba cuando no podía dormir porque pensaba en ella, en Mariana, y luego me quedaba dormido y la soñaba. O no me dormía y sólo pensaba en ella, ya ni sé. Mariana decía que si amas a alguien entonces te dibujas algo en el cuerpo que te lo recuerde y será por eso que muchos años después acabé por hacerme este tatuaje en el brazo, que no sé si me recuerda a Mariana, a mamá o a los gatos. El tatuaje de Mariana era más chico que el que yo me hice, y no lo tenía en el brazo sino en la espalda, y cuando no traía camisa se le podía ver esa cosa que parecía un gato y confesaba que le recordaba a un novio. Me entristece. ¿Cómo no va a seguirme entristeciendo? Entonces me di cuenta que el amor puede ser un hilo que prendes en la espalda de alguien que a su vez puede prenderlo en la espalda de alguien que a su vez..., y qué confuso. Mejor quitarse de problemas y amas y te aman o mejor no amas a nadie. Como yo, que pareciera no querer a nadie en el mundo.

Mariana argumentaba que amar es procurar a alguien a pesar de que ese alguien no te quiera, qué absurdo. Por más que yo quisiera estar en casa de Mariana, por más que llegara del colegio derrapando por entrar a casa de Mariana, Mariana no siempre estaba de buenas para hablar conmigo de sus cosas. Tal vez me consideraba un estúpido y por eso a veces se portaba indiferente y yo dejaba de visitarla, para no molestarla. O eso o que a mamá no le gustaba mucho que fuera con esa *puta*. *Di-vo-r-ci-a-da*, alegaba Mariana, *divorciada*, algo como la fractura

Jorge Valencia, narrador, México, D.F., 1967, Texto incluido en el libro En busca de un final feliz que será publicado próximamente por el Fondo Editorial Tierra Adentro.

del amor que te trastorna y te hace refugiarse en otras cosas sustitutas. Como Mariana, que se refugiaba en los gatos.

Mamá había hablado con papá y acordaron que no estaba bien que un niño de mi edad asistiera a semejante casa, con tanta relajación de la moral y *fíjate, si a veces anda en camisón por toda la casa*, dijo papá, pero era falso. Si Mariana se ponía camisón era nomás porque se hacía tarde y algún señor tenía que quedarse a pasar la noche, generalmente si era viernes, y el sábado temprano me la hallaba no sólo en camisón, sino con el cabello revuelto porque acababa de pararse y la cara no le dio tiempo de despintársela a causa de los sueños que parece llegan de repente. Mariana, muy atenta conmigo, me presentaba de mano al señor: *mucho gusto fulanito*, y el señor me saludaba y me preguntaba lo de siempre: que cuántos años tenía, que dónde vivía, que qué carajos hacía yo tan temprano molestando gente. Mariana se reía y me invitaba a desayunar y a mí me gustaba que siempre tuviera cereal de colores con leche helada, jugo de frutas y pastel en bolsita de los que anunciaban en tele y que a mamá le chocababa que yo comiera. Desayunaba despacito. Intentaba tardarme porque me gustaba ver cómo la cara de Mariana cambiaba tanto con la desmañanada y con el cabello alborotado. Aunque su carácter siempre era el mismo, siempre tan amable conmigo y con el señor a quien tocaba entre las piernas por abajo de la mesa con la punta de su pie descalzo, y ellos no pensaban que yo me fijaba (o no les importaba). Se decían cosas que creían que yo no entendía y cuando tanteaba que mi presencia les estorbaba, me largaba de ahí algo enojado con Mariana.

No que me corriera o que me echara indirectas para que volviera después, sino que uno debe ser bien portado y entender cuando está de más. No, Mariana no me corría. Sabía que me iba por el azotón de la puerta tras de la que yo seguía oyendo desde lejos las risas, las cosas que se decían y que en el fondo no podía escuchar con exactitud aunque afinara el oído, y de repente aparecía el silencio en que pasaban muchas cosas que nunca atinaba yo a descifrar.

Se lo pregunté: *¿qué es lo que hacen cuando se callan?*, y por no romperme la inocencia Mariana prefirió cambiar tema y volver a los gatos. Lo bueno



que el señor ya no se apareció y Mariana volvió a refugiarse en ellos. Siquiera que con los gatos no tenía yo por qué sentir celos. Le gustaban sobre todo grandotes y peludos y por eso el gato de peluche que le regalé el día de su cumpleaños o que creí era su cumpleaños porque vi que alguien le mandó flores un viernes, y aproveché para comprárselo con mi último domingo y Mariana se rió mucho. Me dijo *vas a ser un cabroncito* y abrazó al gato de tal forma que yo hubiera querido ser gato o que ella fuera mamá y me abrazara en las noches en que despertaba de repente por una de esas pesadillas tan frecuentes en que soñaba el tatuaje azul verdoso que Mariana tenía en la espalda y que le vi la primera vez que se quitó enfrente de mí la blusa. Esa noche un señor la había dejado plantada y Mariana me explicó cómo debían darse los besos, cuándo debía decir un hombre a una mujer cosas lindas y dónde debían pasar estas cosas. Aunque no siempre uno tiene una cama tan grande y blanda, ni una mujer tan suave y redondita.



*El hermano
(niño berenjena y niña Santa Claus), 1985*

Papá había dicho que si ella no se iba del edificio nosotros sí lo haríamos y me entristeció. La sola idea de alejarme de Mariana acababa siempre por hacerme llorar cuando mamá no podía verme, pues evitaba afligirla. Eludía el hecho de traicionar a Mamá al tener que confesarle que Mariana cada vez me gustaba más y que cada vez me la imaginaba con mayor fuerza a la hora del consuelo de mis pesadillas. Como si las manos con que mamá acariciaba mi cuerpo y los labios con que besaba mi frente fueran las manos y los labios de Mariana y yo los sentía más cálidos y más húmedos de lo que de veras eran. Tanto que, apenas me tocaban la piel, hacían que me dieran ganas de abrazarla, a mamá, como Mariana a sus malditos gatos. Luego volvía a imaginarme las veces en que Mariana me enseñaba los distintos tipos de besos y aceptaba mostrarme si era rápido el tatuaje que tenía en la espalda y yo me fijaba más en su espalda que en el tatuaje absurdo de un triste gato malhecho. Entonces le miraba también la línea que le marcaba la cadera y los hombros desnudos y

hasta sus pechos cuando volteaba por la culpa de un gato que de pronto le tiraba el zarpazo. ¿Hay animal más voluble y traicionero que el gato?

Era tanta la rabia que a veces sentía contra los gatos que a punto estuve de matarlos. Ellos qué culpa, ya sé, pero de pronto me decía a mí mismo que si no fuera por esos malditos gatos, Mariana me abrazaría a mí y me besaría la frente y no se quejaría de lo sola porque yo estaría ahí juntito y esperando apenas una de sus manos para dejarme tocar como algunas veces ella me tocaba, hasta hartarme. Cuando me hartaba me iba por ahí a jugar como hacen los gatos cuando ya no quieren que nadie les acaricie la panza.

Yo no he matado ningún gato, le dije a mamá. ¿Cómo podría un niño ingenuo matar alguno? Sobre todo sabiendo que Mariana los quería tanto.

Otra tarde Mariana se enojó con mamá. Dijo que sólo una vieja jija como mamá sería capaz de envenárselos con pescado. Yo qué podría haber dicho si sabía que mamá odiaba a sus gatos, principalmente durante las noches y esa forma que tenían para hacer escándalo *como si fueran malas personas*, decía mamá, *como si fuera el mismísimo demonio*, decía papá, como si los maullidos –digo yo– anunciaran algo.

A mí lo mismo me espantaba que lo dijeran, como si achacarle la maldad a los gatos fuera una forma de repudiar a Mariana y Mariana fuera uno más de esos gatos. Aunque quizá sólo así uno se explique por qué se movía como se movía Mariana, por qué caminaba por todo el departamento como en puntillas y por qué sus ojos eran mucho más que unos puros ojos, capaces de quedárame viendo durante tanto tiempo sin parpadear ni decir nada, sin mover un solo músculo, ahí nomás mirándome mientras yo ya jugaba con alguno de los gatos o curioseaba torpemente en algún objeto. Los ojos de Mariana se me clavaban como estacas y me llenaban de escalofríos y ya no sabía qué hacer, si ignorarla (pero no podía) o preguntarle *qué me ves* (pero cómo preguntarle nada) o salir corriendo del lugar, pero por qué salir cuando en el fondo sentía tan bonito su mirada pegajosa sobre mí. Era una sensación entre odio y gusto, que sabía yo que sólo era un niño. Si cuando menos yo hubiera sido alguno de sus gatos (o que Mariana los hubiera querido menos)...

Mamá comentó con papá que se la encontró en el rellano de las escaleras del edificio y *se lo dije, Ramón, le dije que se llevara sus pinches gatos que ya me tienen hasta la chingada*. Papá le dijo *mide tus palabras delante del niño* y yo dije *mamá, tengo mucha hambre* y mamá dijo que le dijo que era una puta. Mariana me lo contó distinto, Mariana me dijo al día siguiente que mamá era una pendeja y no se lo creí. ¿Mamá?, le pregunté, y me dijo *sí, muy pendeja*. Papá también lo pensaba, porque escuché que se lo dijo a Mariana cuando le dio por ir a su casa los viernes en la noche desde la vez que fue dizque a reclamarle porque un gato le había arañado la cara. A partir de entonces empezaron a poner música bonita en casa de Mariana y hasta bailaban. Qué chistoso ver a papá así, baile y baile y copa y copa y con la cara tan roja, salud, y el beso en que se ahogaban siglos y el dolor se me ensartaba entre los ojos no sé si porque quería tanto a Mariana o porque entendía que a mamá eso debía de estarla encabronando mucho. Nunca faltaba un gato que empezara a maullar, que empezara a rondarle las piernas a Mariana y ella lo acariciaba. El gato acababa por mirarme como me miraban todos los gatos: me enseñaban los colmillos y me amenazaban con echárseme encima y yo corría, abría la puerta sin que Mariana o papá notaran y me largaba rabioso, anónimo, con ganas de vengarme de todos.

Por las noches, claro, lloraba que daba gusto. Juzgué de pronto que eso de llorar no estaba bien y quise hablar con Mariana. Pero odiaba a Mariana. Quería decirle a mamá lo que vi, pero mamá era tan tonta que a pesar de saberlo nunca hizo nada. Ella también odiaba a Mariana y lloraba sin que yo la viera y a pesar de verla nunca le dije nada.

Me lo propuse. Conseguí el veneno, *mamá pidió el más efectivo*, dije al señor de la tlalalería, y me explicó cómo había que mezclarlo, dos partes en una de pescado y un chorrito de leche para esconderle el olor de la muerte, y ahí estoy colocando un poco de la masa aquí, otro poco por acá y las ganas de llorar cuando me acordaba de los ojos de papá, de su cara roja y sus gestos y sus groserías al abrazar a Mariana... Total, tres gatos muertos.

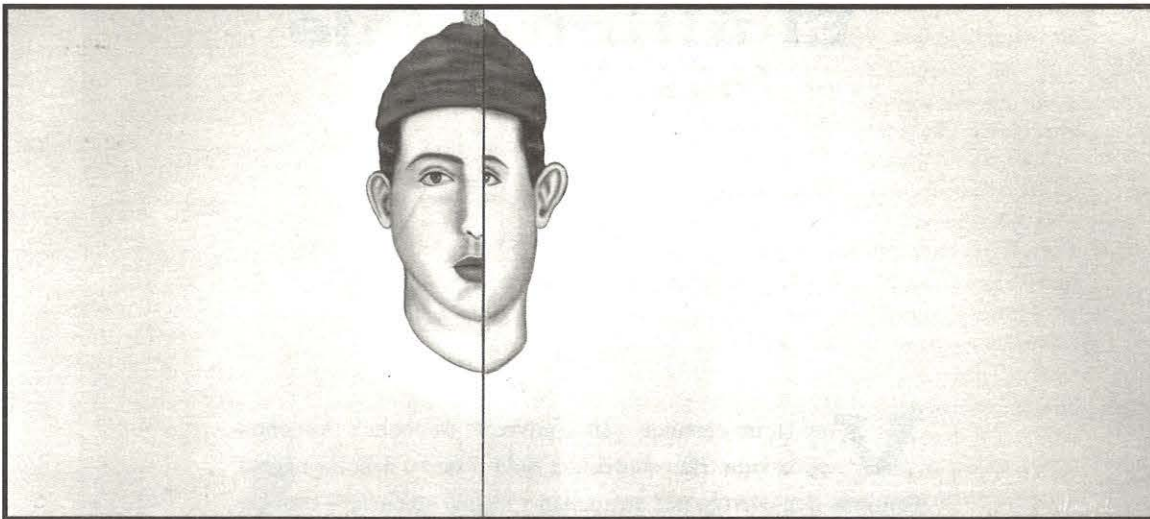
Mariana se volvió a enojar con mamá, volvió a decirme *la pendeja de tu madre* y papá nos dijo a la hora del desayuno en la casa que Mariana no era

ninguna puta, sino *una señorita decente*. Mamá no hacía más que llorar y sentirse enferma aunque los médicos no atinaran qué diablos tenía y todos conjeturamos que se iba a morir. En el fondo no supe si alegrarme, si dar las gracias a Dios de que mamá ya no tendría que hacer el papel de idiota. No sabía qué haría sin mamá en las noches cuando las pesadillas me despertaran y no hubiera quién me acariciara y me dijera las cosas que decía mamá. Yo poco a poco tuve que ir aprendiendo a dormirme solo sin prender la luz y nada más pensando en Mariana, en su torso y en sus manos con sus uñas rojas que se fueran metiendo entre las sábanas de mi cama y me fueran recorriendo el cuerpo hasta acabar con mis comezones, como los gatos cuando se erizaban y Mariana les rascaba.

Le dije que le pusiera Fido. Era un nombre estúpido, ya sé, pero un nombre al fin y temporal. Lo inventé así, rápidamente, apenas Mariana trajo el nuevo gato que era de angora, un bebé, y me lo mostró y estaba bonito, pero me hice el ánimo de no quererlo mucho. Cómo poder querer nada cuando estaba aprendiendo que todo lo que quieres se acaba. Sabía que a Fido un día, como a los otros gatos, lo acabaría lanzando hacia la calle por la ventana.

Nunca la había visto llorar así. Ni siquiera cuando murió mamá y tan buena gente fue al velorio y consoló a papá y papá se dejó consolar y me abrazó como esperando que yo también llorara pero no lloré porque me parece una estupidez llorar sin ganas como lloró papá y luego estuvo risa y risa con Mariana. Ah, cómo reía papá.

Prefiero recordarlo así: tan alegre como era, no como se fue poniendo día con día, cada vez más triste hasta quedar hecho un guiñapo, un verdadero espanto de tan flaco y feo. Tan feo que Mariana lo fue dejando de querer hasta que ya no lo quiso nada y nunca más volvió a acordarse de él. Pasado el luto razonable empezó a bailar con otros señores, siempre distintos, que venían a casa los viernes, los jueves y hasta los martes, y a mí me molestaba que pusieran tantos discos y tan fuerte. Se lo dije: *mamá Mariana, ya no pongas discos*. El señor del martes se asombró y preguntó *¿es tu hijo?* Mariana se lo explicó, le dijo que yo era un vecino adoptado y también le contó lo de las muertes repentinas de mis padres. Al contarle acarició un gato negro con man-



Hice bien quererte, 1990

chas blancas que me enseñó los colmillos. La muerte de papá fue una muerte aparatosa. Su coche explotó cuando salía para el trabajo. ¿Cómo puede andar la gente por ahí poniéndoles bombas a los autos ajenos? Los bomberos tuvieron que juntar sus miembros por todo el vecindario y Mariana, que no era su mujer ante la ley, no pudo reconocer el cuerpo. A mí me llenó de orgullo que me lo pidieran, como si aceptaran con ello mi ingreso al mundo de los grandes. Mariana me regaló un traje nuevo. Ese día me levanté muy temprano y me peiné yo solo y hubiera sido un día perfecto de no ser por un gato. Uno que se me echó encima y gracias a Dios que era bueno para apretarles el pescuezo porque si no, no hubiera ni podido ir al anfiteatro a identificar a papá. El doctor que me recibió en la morgue me hizo muchas preguntas para comprobarme la edad, la mente, el dolor; como me tanteó fuerte y maduro, me lo explicó como se explican estas cosas y yo vi cada una de las partes, jubiloso de poder ver aunque fuera por última vez completito –como un rompecabezas mal armado– a papá.

Al llegar a casa, Mariana señaló al gato muerto. Era Fido. Me alcé de hombros y le dije *no sé*. Mariana lloró mucho y me dijo *cómo puedes ser así*. No había nada que entender y nada entendí, nomás que el carácter se forja cuando ya no queda nadie más a quien querer en el mundo.

No sé si seguía queriendo a Mariana. No sé si el amor consista en hacer lo que hacía con Mariana si no había señor que se entrometiera un viernes y

ella bebía mucho y yo le traía las copas y entre copa y copa un beso, las caricias a lo largo de sus piernas y sus piernas como las puertas de un más allá alcanzable a fuerza de empellones bruscos. Cuando Mariana estaba ebria y bocabajo, y mi cuerpo en cuclillas sobre su espalda, su tatuaje era una lástima. Los gatos maullaban celosos, me ronroneaban o me sacaban las uñas..., me querían o me odiaban no sé, yo nunca pude interpretar sus actitudes hacia mí; como si por volubles los gatos fueran la proyección de mi propia alma atormentada.

Los señores dejaron de venir. Los gatos fueron apareciendo muertos y Mariana se puso de un triste que ya ni le importaba saber cuál había sido envenenado o cuál se había caído de nuestro tercer piso; o por qué sentía una tremenda nostalgia que la hacía ponerse en el quicio de la ventana nomás a ver hacia abajo, como cada vez sintiendo más ganas de lanzarse al vacío. Yo la veo con lástima, tan vieja y fea y yo tan joven y fuerte. Es extraño que ya no podamos entendernos, que hablemos un idioma diferente y que los maullidos de los poquísimos gatos ya no nos digan nada.

Estoy pensando, ahora que Mariana no significa nada para mí, en buscarme una novia bonita, en cambiarme de casa y empezar a criar mis propios gatos, como queriendo reproducirme en ellos y de alguna manera eso fuera una esperanza de hallarle a este mundo el secreto que los ojos de los gatos miran y los mantiene alertas y distantes y como si estuvieran felices de no pertenecerle jamás.

El último viaje

Hilda Figueroa

Voy en un carruaje. ¿Me equivoqué de coche? Desconozco la ruta. Ha oscurecido. Sólo observo árboles negros. Sombras que corren, nos atropellan y siguen su carrera transparente. Estoy en un laberinto de caminos que nunca antes había visto. Siento mucho frío. El vehículo se aleja más y más de la ciudad y se va internando en la espesura de la noche. La luna es apenas una delgada uña opaca colgada de mis temores. El quejido del aire penetra por las ventanillas de mis oídos, mordiendo mis tímpanos. Soy la única pasajera. ¿Por qué me habré distraído en la lectura de este maldito libro?

Apenas distingo la sombría figura del chofer, nadando en el espacio delantero. ¿Por qué aumenta así la velocidad? ¿A dónde va en esta vía quebrada? ¿A dónde me conduce? Debo bajarme. Rápido. Lo antes posible. Pero, ¿en qué dirección caminaré? Ya sólo hay calles, pero no casas. ¿Las habrá más allá? Mi indecisión ha permitido que transecurrieran muchísimos metros más.

—Por favor, bájeme aquí. ¿No me escucha? Deténgase por favor, voy a bajar.

Caigo, ruedo; tengo raspones y dolorido el cuerpo. Me levanto con dificultad. Ahora todo es negro, no veo ni mis manos. Corro: piedras bajo mis pies me hacen tambalear. Los ruidos de las ruedas hace mucho que se perdieron, y con la caída y mi atolondramiento por los golpes, ya no ubico en qué dirección veníamos, ni en cual desapareció el carro. Vuelvo a correr hacia diferentes lados, y de nuevo: piedras, arena y los mismos tropezones. Ni un signo de vida. Nada para orientarse. ¿Estoy en el infierno? ¿Es esto la muerte? Huelo el polvo, miro sin mirar, siento sólo el abrigo helado de esta noche eterna. Oigo el velo del viento que envuelve mi cuerpo en un torbellino de telarañas que se adhieren a mi piel y me producen calofríos. El tiempo escurre pesadamente sobre mi conciencia, hasta que se pierde dentro de mi miedo.

Grito con todas mis fuerzas pidiendo ayuda. Que alguien se apiade de mí. Alguien lo hace: me despierta sacudiéndome bruscamente por los hombros, es el verdugo que ha de acompañarme al patíbulo...

Pez de la tierra

Luis Medina Gutiérrez

*Pálido entre las ondas cada vez más opacas.
El ahogado ligero se pierde ciegamente.
En el fondo nocturno como un astro apagado.
Hacia lo lejos, sí, hacia el aire sin nombre.*

Luis Cernuda

[1]

Yo repetí tu voz,
la pelea con el señor fluvial;
el grito que brincó de la palma
a las alas de la codorniz y al búho.
Tu grito de lanza sin rumbo,
que se rompió en la corteza del manglar.

Yo vi en tus ojos grandes como la luna,
a las almas de los hombres malos
mojando sus pies de sombra;
Y al aire, desviando su vuelo de tu boca,
abierta por el puño de las olas.
El mono sibarita vio tu saludo agitado,
y corrió del genio de la muerte,
que derramaba ánforas de agua
sobre el agua que te sepultaba.

[2]

Qué recuerdos de agua triste
me traes de mi amante,
braceabas como una plegaria en su tumba.

Yo conozco ese viaje sin camino:
él, tan hermoso y callado,
con su rostro
adherido al espejo sin destino.

[3]

La partida del ahogado,
es la caída del nardo,
atado a una piedra
y a un ojo de arena.

La luz que baja a ciegas,
la débil llama titilante,
como una hoja parda en el invierno.

[4]

Va tu cuerpo
a desposarse con el fondo oscuro,
y tus flores de orejas tristes:
nupcias de lo perdido.
Oh, tu vida arrebatada
como la del violador al mancebo.
Ah, tu lecho de lirio y algas,
tu boca con el beso del musgo,
tu piel medrosa huyendo a los cantiles.

[5]

Te veo navegar,
expulsado por los túneles y la corriente.
Con la impotencia del guardavidas
encadenado a la torre;
con el terrible dolor
de haber repetido tu voz;
como el día
que vi perder a mi adorado amante,
en la puerta de la mañana.

[6]

Viajero de vientre glacial:
las corrientes de oblicuos brazos
palpan los duros párpados,
donde antes se anidaban golondrinas blan-
cas,
que veían pasar el lento rodar del mundo.
Bebedor del misterio.

[7]

Con qué lúnulas,
con qué nacencias
bajaste al silo de las algas.

Golpearon tus hombros las piedras,
te diste de comer a los cardúmenes;
sereno y azulado,
ascendiste al velero de la superficie;
ávido del anzuelo de aire, de cielo.

Con tu mirada
que regresa muerta para morir.

Un armario para Teresa

María Eugenia Villanueva

Dio la una y sentí hambre; de todos modos no iba a comer, así que me serví un pocillo de agua. Era mejor salir a caminar un rato. Me quité las botas y busqué los huaraches debajo de la cama. Se perdieron. A lo mejor los dejé en el armario, y ni para qué buscarlos, siempre que abro el armario aparecen tantas cosas que se me olvida lo que ando buscando. El otro día buscaba a Teresa y se me ocurrió que podía estar en el cajón de la cómoda, aunque ahí sólo encontré la llave del armario; vieja y oxidada. La llave se me hizo muy grande, claro, el armario también ha crecido, de otro modo no podía haber guardado ahí a Teresa. Cuando quise abrir una de las puertas, vi que éstas no habían crecido, el armario sí y las cerraduras también, pero las puertas no. Pobre Teresa, tuve que haberle doblado la cabeza para que pudiera entrar. Las puertas, igual que el armario y la llave, están muy viejas, yo no sé cómo se sostienen sin derrumbarse, y con tanta polilla. En todo caso están igual que Teresa, tan vieja la pobre, debe tener lo mismo que el siglo, y en el armario, sepa Dios cuánto tiempo. Es lo malo de los armarios, cuando se guarda algo es como si se perdiera, aunque Teresa no está perdida, sólo que no es fácil hallarla, primero hay que sacar las camisas y mi uniforme verde, ¿hace cuánto tiempo que no me lo pongo?, debe estar arrugado, igual que Teresa. Y las cajas, sí, también están ahí las cajas. Tengo unas con fotografías amarillas y quebradizas, como todos los cristianos que tienen retratados. El otro día vi una a colores; se ven muy bonitas, pero parece que todos traen la cara pintada, y para eso es mejor un calendario, este que tengo aquí ya se está poniendo tan amarillo como las fotografías de mi caja. Es la última, la que está más al fondo, porque en las primeras cajas, en las más grandes, tengo otras cosas; en una están mis botas, aquellas de charol que estrené cuando me dieron una

María Eugenia Villanueva, narradora egresada de la escuela de la SOGEM, Guadalajara.

medalla, después se puso muy vieja y oxidada, como la llave, pero cuando me la dieron brillaba que daba gusto, dorada colgando de un listón rojo, también se manchó y ya ni se sabe de qué color es, ni la medalla ni el listón. Guardé las botas porque me apretaban el juanete y no me volvieron a dar otra medalla. Hay otra caja, ya me acordé, donde está el velo y la corona de Teresa, tiene muchos azahares y unas gotitas de cera; también se pusieron amarillas. Es una caja grande y estorba mucho. ¿Y Teresa? Teresa está del lado derecho, donde colgaba sus vestidos. La puse ahí para que los tuviera cerca y pudiera cambiarse cada que quisiera, claro, sus zapatos le quedan un poco lejos, pero sólo tiene que estirar las manos y los alcanza. Hay como tres o cuatro cajas de zapatos de Teresa. A ella siempre le han gustado los zapatos, sobre todo de tacón alto. Sus cajas estorban mucho, a veces me dan ganas de tirarlas. Yo no sé quién inventó las cajas, si sirven para lo mismo que el armario, para guardar cosas, sólo que el armario sí crece; mientras más cosas le pongo, se hace más grande, ¿por qué uno no crece cuanto más cosas guarda?, más bien es al revés, yo cada día me encojo más y vaya que me he ido guardando cosas. El hambre por ejemplo, desde la una que empezó a morderme el estómago, me la guardé. Y los huaraches, yo no sé si me los guardé o los puse en el armario, da lo mismo, todo está en guardar una cosa para no volverla a hallar, así las ponga uno en una caja grande o chica, con tapadera o sin tapadera, a algunas hasta les puse mi nombre para distinguirlas de las de Teresa, pero es igual, adentro de cajas y adentro de un armario, todo se confunde. Hasta Teresa debe estar bien confundida, y cómo si no, si nunca le ha gustado estar guardada, ése ha sido siempre su pleito, que llévame aquí, que llévame allá, lo bueno es que desde que está en el armario casi no la oigo, bueno casi, porque cuando abro la puerta oigo otra vez esa cantaleta, por eso la cierro rápido, ni siquiera me da tiempo de acordarme para qué abrí la puerta, si para buscar algo o para guardar algo, lo más seguro es que para buscar algo, porque guardar, lo que se dice guardar, pues no, no se puede, porque cada que se mete algo ahí se pierde, qué remedio, yo siempre he dicho que los armarios no sirven para nada y menos las cajas. ¿Dónde habré dejado los huaraches? ¿Y a Teresa?

Cuatro poemas

Ramiro Lomelí

Himno en la ciudad

No hay melancolía en mi canto
ni derrota,
hay en el aire
un olor a mujer guardada,
mesurada paciencia de cristo
nonato.

El viento
es río entre mis palabras.

Así la ciudad,
tumba de tiro,
me guarda;
troje de sí misma
que se va negando.

Solamente los pájaros
saben cuándo irse.

Juegos nocturnos

Dios,
el mismo de hoy,
jugando con el niño Ramón,
allá en Pihuamo.

Cuidar que las palabras
no se pierdan en la noche.

Le dijo:
Mira cómo salto
y no me caigo del mundo.

La noche

Duerme la ciudad:
ángeles de piedra,
esqueletos de aire.

Lloverá,
un escalofrío
baja por el árbol.

Las piedras

Piedras,
azules y confiadas,
que parecen de mujer.

Trozos de luz apagada.

Trozos de lo que era mi nombre.

Ramiro Lomelí, Barra de Navidad, Jalisco, 1965. Ha publicado los poemarios El libro de los milagros (Universidad de Guadalajara, 1991) y Versos de la ciudad (Ayuntamiento de Guadalajara, 1992).

Thuck-thuck-thuck...

Yerania Valencia

Thuck-thuck-thuck-thuck-thuck-thuck-thuck! Una, otra, más thucks-thucks, cientos de besos esparcidos en la recámara, empalagan la casa, se extienden en esta noche lluviosa, me arrullan. Voy cayendo en el vértigo de una erótica ensoñación. Ellas se detienen sobre la carcomida viga de hormigón, arremolinan su cola, lento, lentísimo. Se enferman de seducción, se aproximan.

¡¡¡Thuck-thuck-thuck!!! Resuella en su garganta, fuerte, su eco tumba. Se agarran, casi petrificadas se confunden en el pardo del petatillo. De momento se pierden. Hay muchas telarañas, la polilla no deja de comerse mi ansiedad. Las quiero ver copular y se han escondido. ¡¡¡Thuck-thuck-thuck-thuck-thuck-thuck-thuck!!! Siguen allí, en algún rincón, su vientre prensado en el techo, una sobre la otra. Alzo mi vista, doy con ellas. Su espalda reptil la devora mi obsesiva mirada, ahora copulan...

Miro sigilosa, extasiada, a las besuconas, tendida desde mi cama. La lluvia se precipita en momentos, después viene la calma. El frío de la oscuridad se cuele por la ventana abierta y la luz del quinqué se embrutece, se crece y la animalidad se agiganta en el desfiguro de las sombras, de mis pensamientos, mis perturbaciones.

Estoy desnuda, sola en la habitación, en medio de este contraste fascinante: lluvia, fuego, calma, ganas, ausencia, acogida en el seno del hogar, sin pantalla y fijando enfermiza mi mirada en el contorno del thuck-thuck. No estoy en mí y aparezco en el fluorescente de esta excitación que no me deja dor-

mir. Creo... que nadie y con esa... esa sensación, me siento percibida, tocada. Caigo en la danza de mis delirios, ese arrullo rítmico, alguien me arrastra, me incita a manosear mis senos turgentes, mi vientre, rozo mi pubis, chupo mis dedos, mojo mis piernas. Se refleja en el espejo de la habitación mi cuerpo prensado por mí, me adulo y nazco en esa imagen febril que estalla gozosa en ráfagas de gemidos ocultos, callados, sólo estridentes para los oídos que guían mi ritual. La mano desvanecida en las sábanas, torpes mis dedos se hunden en mis labios babeantes. Balbuceo.

Sólo me bebí un café negro y estoy drogada, no sé lo que hago, estoy sola y me tocan en el dorado de la habitación, sigo hechizada en el rítmico thuck-thuck copulante y además esa... esa sensación, ahora serena.

Empienzo a descender a la par de mis movimientos, mantengo los ojos cerrados, de otra manera me apenaría, estoy sudando, agitada, los animalillos se han escamoteado entre las vigas y desde afuera oigo estrepitosamente:

-¡¡¡Alejo!!!

Mi padre gritó y se sucedieron los pasos huidizos a lado de la pared que da al corral, tropezaron, ahora los fierros, la escalera. ¡Se escapan! Sobre mi cabeza, en la azotea, las tejas se resquebrajan.

Mi vecino, pienso: un gordo barbudo cuarentón y risueño, hijo del H. Lic. Roque Mallorca y la distinguida Sra. Begoña.

Salí de la cama en trance, la fantasía se cortó en el instante en el que caí a la dimensión de un grito tan real como mi cuerpo tembloroso. Al quinqué se le quitó el encanto cuando prendí la bombilla eléctrica, percibí mi desnudez y agarré la bata lila, la que uso cuando salgo del baño. No había salido de

Yerania Valencia, estudia la carrera de comunicación en el Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente.

la recámara y supe que el nombre exclamado por papá y la persona, a quien había imaginado, eran uno mismo.

Papá entró en mi habitación, me vio, estaba histérico, negro de coraje, bufando, pregonaba desesperado por la linterna, gritaba mucho, muchas maldaderías, sólo capté: ¡El cabrón de Alejo! ¡Viéndote! Allí, allí (señalaba furioso el hueco de la ventana). ¡Desgraciado, maníaco! Salió hacia el corral.

Me senté exangüe en el borde de la cama, estaba muy perturbada.

Mamá llegó caminando con los brazos cruzados y perpleja. Buscaba una explicación para tan ruinoso acto: ¿Cómo Alejo? ¿Cómo Alejo?

La respuesta yo la tenía en la evocación de aquel recuerdo. Tiempo atrás, cuando mi-niña se estaba convirtiendo en mi-mujer, arriba en la azotea, yo estaba tendida a medio desnudar por la receta que seguía a una loquera de mi tía Armida.

Con una manzana en la boca, almendras mezcladas con trozos de plátano y una pierna extendida en la barra de la cocina, ella me aconsejó que si quería curarme de los intensos dolores de espalda, eran fabulosos los rayos de sol cuando estuviera justo en el cenit.

Yo, cuidadosa de mi salud y arrastrada por las exquisiteces de la insensatez, me dispuse a recibir la curación del astro. Eran las 12:00 a.m., saqué una cobija cuadriculada y la tendí sobre la superficie rugosa, procedí a bajarme el minúsculo *shorts* gris (por cierto, era el que usaba para endiablarse a Fello, mi novio de ese entonces, quien entumido por la excitación, decía bajito, susurrándome: «Tus piernas son inmensas». Después sus manos se escurrían, se engolosinaban...).

Después, me acosté bocabajo, me subí la playera, corría el sudor vaporoso, cerré mis ojos negros y ahí estaba esa... esa sensación. En un momento me incorporé, alcé las pestañas enriscadas, mis ojos conocieron la estupefacción, la tierna pubertad asomada en la pequeñez de mis senos se abochornó. Él, Alejo, estaba allí parado, mirándome.

Agarré la cobija, me cubrí ansiosa para no dejar escapar nada de lo que nadie sabía y torpemente traté de explicar... Yo... los soles, digo, los rayos... Me levanté despavorida, huía sin avanzar, me seguía mirando, tropecé con los cables, mi rodilla ensan-



grentada... y ya abajo, volteé hacia arriba. Alejo se había ido ya.

No fue la última vez que nos vimos cara a cara, me lo he encontrado muchas veces más. Claro, no en las mismas circunstancias, es decir, yo medio desnuda y él mirándome. Ha sido en la banqueta de la calle Revolución, que nos es común. Él subiendo a su auto verde, destartalado, en la entrada de su casa. Yo saliendo de prisa a algún mandado, en bicicleta, sola, acompañada, zarrapastrosa, coquetona... Creo que nunca entablamos ni una conversación. Él siempre es muy amable, quizá tanto como el H. Lic. Roque. Cuando chocábamos casualmente, me



Autorretrato con un oso, la estatua y carta de adiós, 1983

sonreía y se ponía nervioso. Nunca entendí si lo que balbuceaba era un ¡hola! o ¡buenas! o nada, simplemente su mjmmm-mjmmm...

Mamá sigue frenética por la habitación, de un lado a otro, incrédula. Papá sigue en la búsqueda de la sombra de Alejo, vociferando. Mi corazón ha tomado su curso y quiero... quiero reír, esto sí que es... chistoso.

Mientras recapitulo el estrepitante grito de papá: Alejo!!!, irrumpiendo en ese instante la locura que estaba haciendo con mi cuerpo, la luz tenue, el thuck-thuck, supe que Alejo estaba mirándome, guiando la liturgia que hacía para su mente.

Ahora, quince minutos después de los actos, mi padre regresa. Mamá sólo dice: Es... es para no creerse. ¿Cómo Alejo? Divorciado, cuarentón, vuelto a la horca del matrimonio, con Tere, la secretaria (gorda como él), padre de Teresita, la dulce niñita de apenas cuatro años y luego, los vecinos, esa familia, tan fina, excelentes, educados, acomodados, rectos...

Mamá le pregunta a mi padre por lo menos diez veces: ¿Estás seguro de que fue él? ¿Alejo? ¿Lo viste?

Se arma la trifulca, mi padre prende sus cigarrillos, no para de echar madres, y yo no dejo de verlo como una fumarola. Repite obsesionado y enojado,

porque mi madre no le cree, veinte veces cómo acaeció el episodio, cómo se dio cuenta de esa presencia. «Primero un ligero ruido, las hojas tronando.» Se extraña, se asoma por la ventana de su cuarto y exclama en tono fuerte: «Claramente lo vi afuera de la recámara de tu hija. ¿Cómo voy a confundir sus barbas? Además, huyó, supo por dónde hacerlo».

Mi madre estupefacta, con sus ojos de chinche asustada. Pelones. Repite: ¿Qué hacer? ¿Qué hacer? La policía. No, no, no ha pasado nada. Es un asunto muy bochornoso, íntimo. Sí, hablar con el H. Lic. Roque M. y Beñoña. No, papá dice que sería mejor ponerle un cuatro a Alejo. Sí, amenazarlo, aterrorizarlo, para que no se ande con sus jueguitos. Se me ocurre en ese momento infiltrarme en la alegata, con un bostezo pregunto a papá que por qué en este momento, ahora que todo está calentito, no va y le reclama...

—Si parece que no me conocieras... (se enerva).
Lo mato... Hijo de su chingada madre, mirándote...

Lo miro, decepcionada, no para de ser la fumaola y mi madre una rana croando... que si la moral, el respeto, la apariencia... Los sigo mirando y quiero desatar mis desbordantes carcajadas ahogadas. Después de todo, yo ya no entiendo nada. Alejo está loco (sí, en mi mente su mjrmm, mjrmm...). Pero... no, no lo culpo, si me quería ver, captar la imagen del cuerpo que alguna vez miró desnudo... Tal vez, su delirio, el azote de su bestialidad, de su osuna fuerza instintiva, su escape, su risa comida por la barba ya canienta... mjrmm, mjrmm, retumba, lo oigo.

Quiero ir a dormir, a arrullarme con las besucunas, pero no, viene un asalto de preguntas: que si he dormido desnuda, que dónde me cambio, que si no había percatado la presencia... No respondo a nada. Esa... esa sensación, los ojos nocturnos que le hacen vigilia a mis sueños, la imaginación que prende mi llama, esa figura mezclada entre la maleza del corral, claro que ya la había sentido. Alejo siempre está afuera, mirándome, en los recovecos de como dice mi papá, su cochina mente.

Yo digo: Buenas !!! Me voy a dormir.

—¿A tu recámara? —Dice mamá.

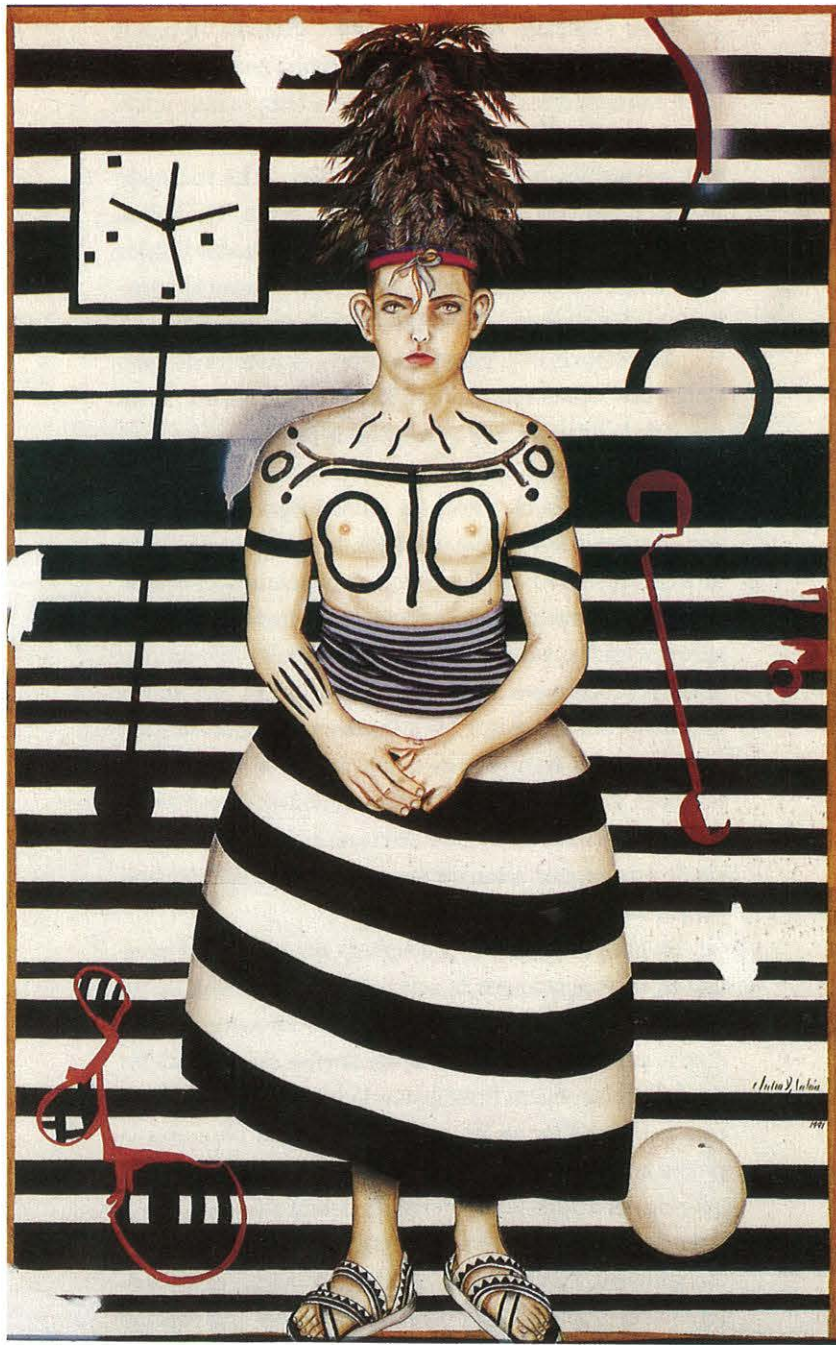
—Sí. Le respondo dándole un beso en su mejilla.

—Cierras la ventana !!! —Grita papá.

Camino rumbo a la habitación. Cierro la ventana, me tiendo bocabajo, con las pantorrillas elevadas, jugueteando, entrecruzadas. Duermo un rato, ya es de madrugada, papá y mamá han venido varias veces a registrar que no haya miradas sobre mi cuerpo. Ahora duermen.

Me levanto, abro la ventana. ¡Thuck-thuck-thuck-thuck-thuck-thuck! Esa... esa sensación. Alejo está mirándome.

Julio Galán: el rostro y la máscara



La anécdota recuerda a este *enfant terrible* de la pintura mexicana contemporánea como un niño de pantalones cortos que visitaba regularmente la Galería Arte Actual en Monterrey, y se quedaba absorto durante largo rato admirando algún cuadro hasta que un chofer uniformado entraba para señalarle que era hora de regresar a casa.

Un día de 1984 partió para Nueva York, dispuesto a dedicarse por completo a la pintura y a contradecir las voces bienintencionadas que trataban de desanimarlo a seguir su vocación. Regresó en 1990, después de haber conquistado, en ese corto lapso, un amplio reconocimiento en Norteamérica y Europa, donde su obra es muy apreciada por la crítica y los coleccionistas. Sus cuadros han sido adquiridos por importantes museos y ha realizado exposiciones con gran éxito en Italia, Suiza, Colombia, Canadá, Australia, España e Inglaterra; en Estados Unidos se le admira especialmente y tiene una presencia constante en los circuitos de exhibición más prestigiados.

En palabras de Eleanor Heartney, «la pintura de Julio Galán está obsesivamente habitada por imágenes de niños y de la infancia. Los muchachitos juegan con osos y perros, duermen apretando con las manos aviones de papel o animales de trapo, las niñas juegan a adornarse con cuentas y perlas. No obstante, la nostalgia de Galán no es simplemente por la infancia y sus reminiscencias de libertad, inocencia y espontaneidad que nunca habrán de ser recobradas: sus pinturas están saturadas de una melancolía mucho más sombría. El laberinto es una de sus metáforas dominantes, y los animales que lo pueblan son menos tiernos compañeros que avatares de indefinibles horrores. En la pintura de Galán, la infancia aparece más como una prisión de la que todavía no se ha encontrado la vía de escape, que como un temporal refugio para las preocupaciones adultas».

Su obra es seductora y despliega un gran poder emocional, impregnado por la sensualidad y la pasión de un perverso y narcisista juego de espejos encontrados. Su rostro, su cuerpo, sus juguetes, sus sueños o sus pesadillas son los protagonistas principales de sus cuadros y se ofrecen al espectador en un intento de unir la obra con la propia imagen reflejada. Algunos sectores de la crítica han querido ver a Julio Galán como un neomexicanista, heredero directo de la tradición iconográfica de Frida Kahlo. Sin embargo, aunque en su obra son evidentes el uso reiterado del propio rostro y diversos signos del arte popular (la pintura de los retablos, calendarios y rótulos, la deco



Gato haciéndole el amor a una rosa, 1991

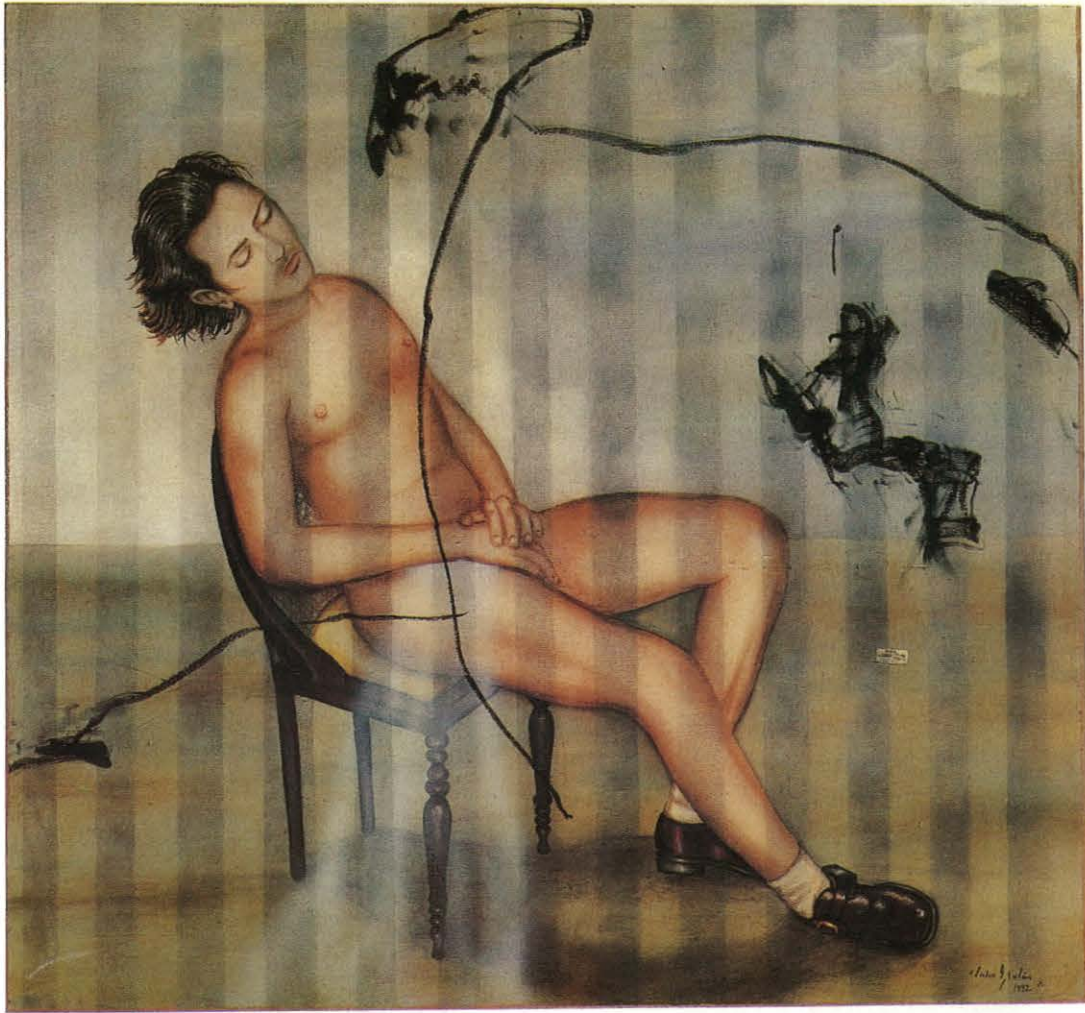
→→ *Los siete climas, 1991*

ración artesanal, los muñecos de papel para recortar y vestir, las tiras cómicas, las ilustraciones de cuentos infantiles), su figuración se nutre igualmente del *pop art*, de Francesco Clemente, Magritte, Bacon. En este sentido, su iconografía no evoluciona hacia el neomexicanismo: más bien parte de él, lo amalgama con otras vertientes de la tradición popular y lo conduce hacia una expresión ostensible y, diría, escandalosamente subjetiva e individual.

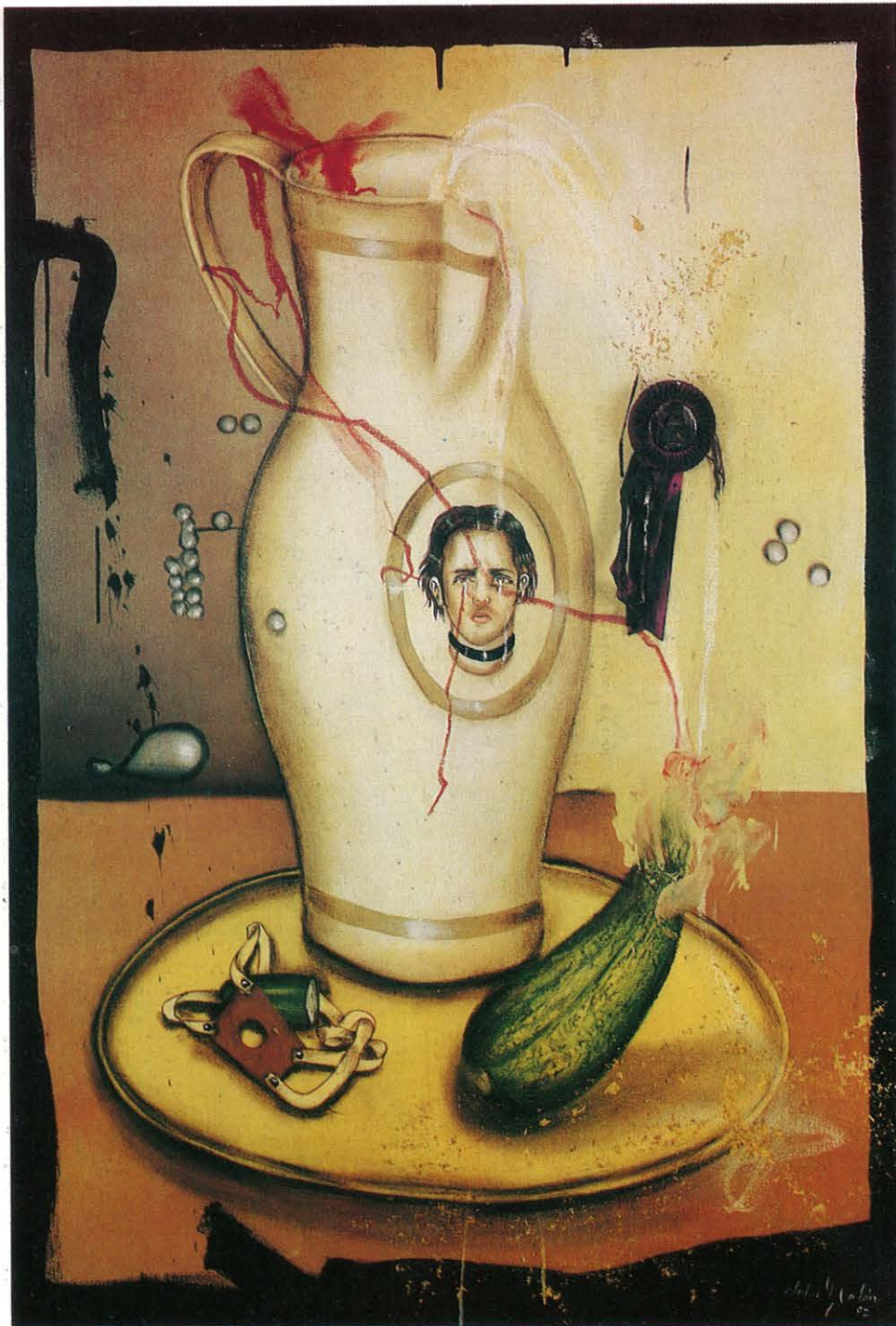
Aunque hablar de expresión subjetiva y personal es una verdad de perogrullo (qué artista que se respete no aspira a estos rasgos), en el caso de Julio Galán esta descripción es simplemente justa. Pareciera que muchos de sus juegos perversos tienen que ver con la exhibición impúdica del rostro y la máscara, de la interioridad expuesta en rito exhibicionista. El uso de la máscara revela el deseo del otro rostro y, por extensión, la expresión del cambio y la metamorfosis. Galán confió a un reconocido galerista tapatío que le gusta muchísimo *El silencio de los inocentes*, el famoso filme de Johnatan Demme, donde ocupa un lugar central la obsesión por la piel, la máscara y la transfiguración.

Sergio Pitol ha intuido esta inclinación al afirmar que «el arte de Galán se desenvuelve como en una perpetua ceremonia o un baile de disfraces. Su personaje protagónico —él mismo— aparece constantemente travestido, enmascarado, oculto entre borrones, afeites, inscripciones, hendiduras. El rostro del personaje, como el de un Xipe-totec prehispánico, puede estar recubierto con la piel de otra persona». En algunas de sus obras «esa piel se mueve, se desenfoca o parcialmente se desprende, para mostrar de manera trágica que la máscara y el rostro son idénticos, que a través de experiencias posiblemente atroces han llegado a convertirse en una única piel. ¿Un mero ardid para desconcertar al enemigo? “Al ser vulnerable, me vuelvo invencible”, parece exclamar ese rostro enamorado y enmascarado de sí mismo».

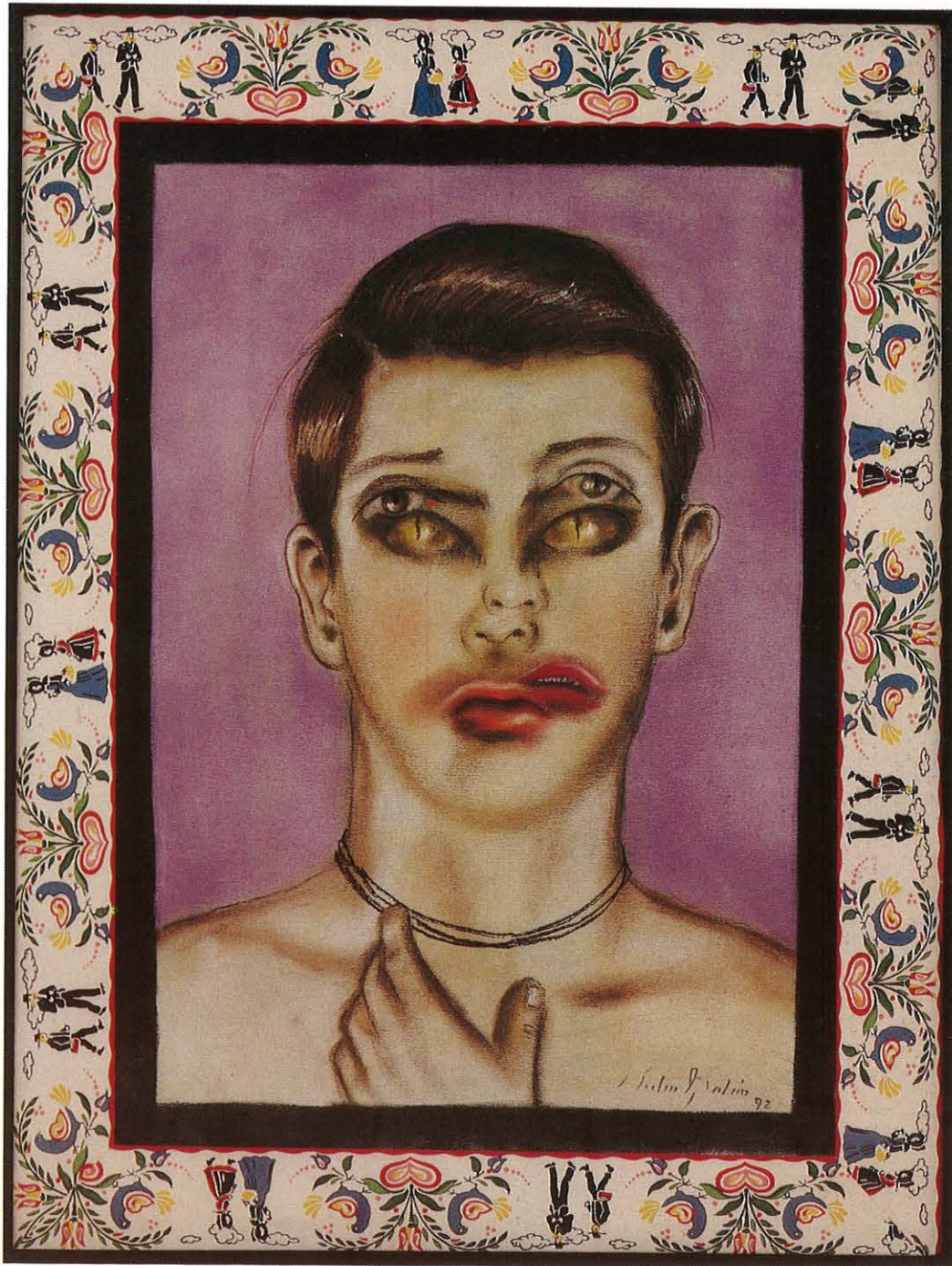
Baudelio Lara



Pensando en ti, 1992

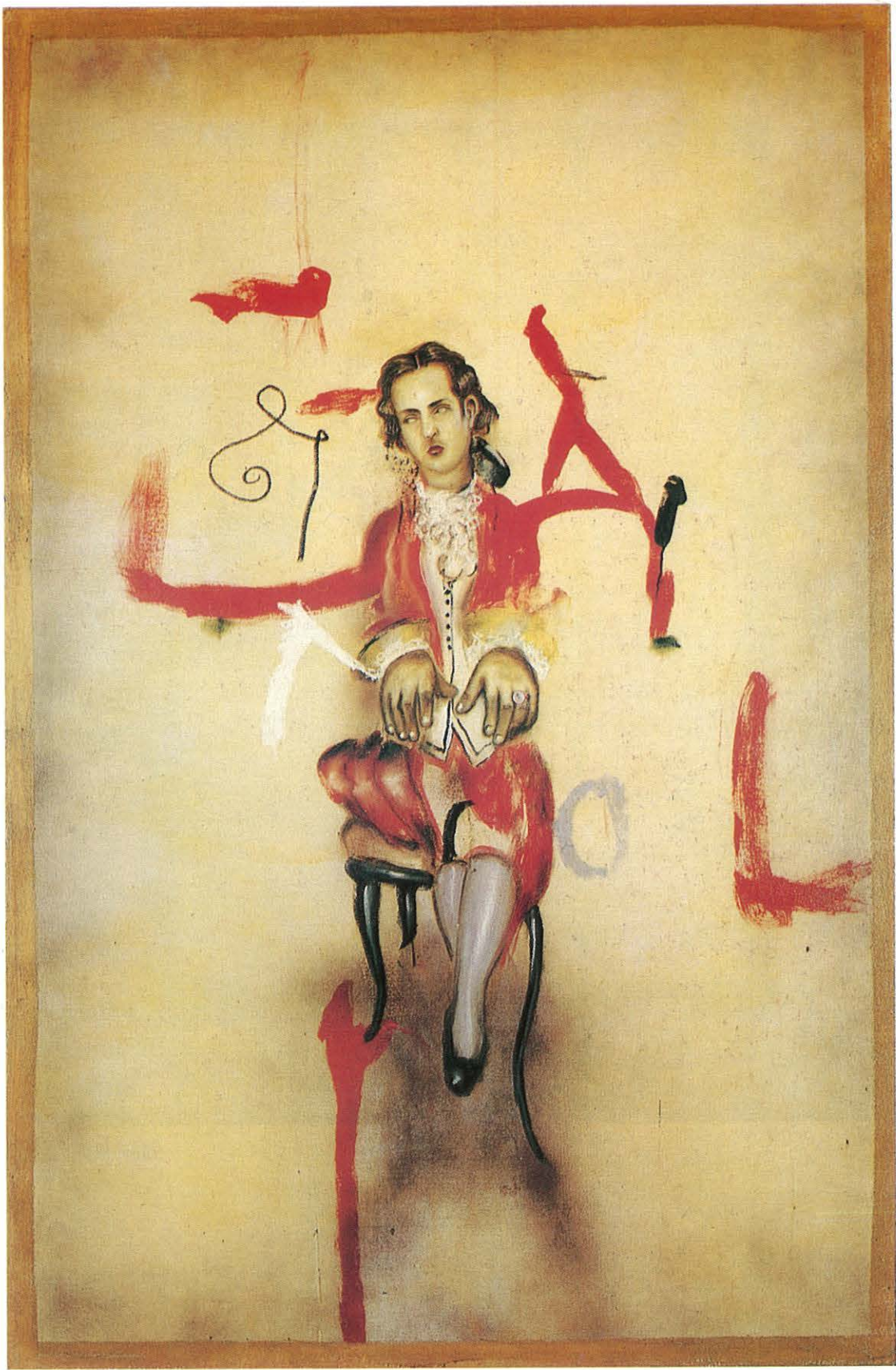


El faraón, 1992



Sin título, 1992

El pianista sin piano, 1993 →→



Tres poemas

Miguel Ángel Plascencia Ñol

Disonancia

Piedra a piedra
la casa de la infancia se destruye.
Mi madre
es un lugar de la tierra
donde las manzanas blancas son más dulces.
Entre el sueño acaricio lentamente a la lluvia,
el recuerdo de lo que he sido,
la voz y el nombre que los párpados
noche a noche guardan como piezas
de una memoria imperfecta.
Vendrá otro verano
y la luz habrá ganado lo perdido.

Este lado de la página

a mis padres

Mis días
—como hojas de otoño—
caen
sobre papeles arrugados.
En el patio
dentro de una vieja maceta
un grillo resplandece
entre la hierbaseca.

En el silencio
la hojarasca yace con mi infancia.

El mundo entero es solamente
esta misteriosa
cucaracha
posada en una silla.

[Sin título]

Con el crepúsculo avanzo por el río.
La infancia desciende apacible hacia los ojos.

¿Quién, quién recuerda los juegos
de luciérnagas y de iguanas,
de bosques que respiran como soles muertos?

¿Quién, quién recuerda las huellas de los idiomas rotos,
el piar del ave asombrada con el golpe del remo sobre el agua?

Lo que amo se pierde en el otoño.
Un animal cruza el camino como palabras de un dolor antiguo.

Despierto a la luz.
Soy ceniza.

Ni un roce

Luis Martín Ulloa

[1]

—Tengo ganas de mirar.

Me despierta lo que dice Elmer, con su acento cubano. Debe ser la primera frase pronunciada en el auto en mucho tiempo. Apenas abro los ojos, veo a Miguel que todavía duerme en el asiento delantero. Elmer reitera sus ganas. El único bien despierto, y qué bueno porque él conduce, es Alan. Me sonrío por el espejo retrovisor y dice:

—Estas son las mañanitas.

Afuera el paisaje no ha cambiado: cerros, arbustos, curvas al borde de precipicios que ahora ya no muestran su fondo por la escasez de luz. Si comen mucho se van a dormir en el camino y van a llegar todos apendejados, había dicho Alan en el restaurante de la carretera. Así fue. Me pregunto si alguna vez no se dará un breve chance de indolencia. Cómo carajos le hace para no perder la distinción ni siquiera estando de viaje.

—Oye, detente que me hago aquí.

—Espérate que haya un lugar donde pueda parar, hombre.

Alan me dirige una mirada de resignación por el espejo y sonrío. Cruzo los brazos y apoyo la barbilla sobre el respaldo de su asiento. En la camisa entreabierta alcanzo a mirar su pecho firme, desarrollado con modestia. Me gusta su olor limpio. Descubro algo inconcebible, una mácula en esa albura: una borra se ha quedado enredada en los escasos vellos rubios.

—Mira lo que traes. Déjame quitártela.

Antes de que introduzca la mano se echa hacia adelante.

—No, no me agarres. Me haces cosquillas y después los voy a estrellar por allí.

Elmer nos mira, encabronado. Si no le caemos

bien por qué aceptó venir con nosotros. Alan lo mira por el espejo.

—Falta poco para la caseta ¿te esperas?

—Pues qué tú piensa'. Y no vuelvo a pedirte más nada.

Sonreímos. Alan atraviesa a Miguel y se inclina hacia la guantera. Con la mano libre saca la cajetilla de cigarrillos, toma dos directamente con la boca y los enciende. Me ofrece uno. Me espanta la facilidad con que lo hace, conduciendo a ciento diez por hora. Exhala la primera bocanada.

—No te asustes. La carretera está tranquila.

—Pero yo no.

Se arrellana con gusto, como si acabara de sentarse para iniciar un viaje placentero. Su oreja roza mis labios. Al pasar una curva alcanzamos a ver una construcción pequeña y varios autos estacionados. Uf, qué bueno, dice Elmer retorciéndose en el asiento. Pasamos y Alan paga la cuota. Más adelante se estaciona en la tienda. Cuando paramos, Elmer es el primero que baja. Al sentir la quietud del auto, Miguel se despierta y pregunta si ya llegamos. Camino despacio hacia la tienda. Por la espalda, Alan me rodea de la cintura y dice a mi oído:

—Así quería agarrarte, papacito.

[2]

Camino despacio hacia la tienda. Por la espalda, Alan me rodea por la cintura y dice al oído:

—Se enoja de veras el mulatito, eh.

—¿Ya no hemos encontrado el carro de Gilberto?

—No.

—Si lo vemos les intercambiamos a éste por al-

guien. Por el que sea. Bueno, por Luis José.

—Ajajá, con que lo cambiamos por Luis José, ¿no? Eh...

Me mira con complicidad. Pedimos refrescos de lata a una muchachilla. Miguel entra frotándose los brazos.

—Órale, un refresquito —le ofrece Alan.

—Estás loco, yo tengo mucho frío. Mejor quiero algo caliente.

—Con los dedos índice delimito una porción larga de aire. Reímos. Es un chiste viejo. Miguel hace una mueca imitando nuestra risa.

—Qué chistositos.

—Se sienta en un banco y pide un té. El lugar está vacío. Además de nosotros está la muchacha que atiende y un señor que reacomoda innecesariamente bolsas de pan Bimbo, latas, refrescos, sin quitarnos la mirada de encima.

—¿Nos llevarán mucha ventaja?

—¿Quiénes?

—Pues los muchachos. Los otros carros.

—Algo. Salieron media hora antes. Ojalá se entretengan un rato. Si no, cuando lleguen van a agarrar los mejores cuartos y van a dejar nomás los de abajo.

Alan se vuelve de repente para pedir algo a la muchacha. Sucede de nuevo esa manía suya que lo caracteriza. Es un movimiento de la cabeza cuando gira para ver a alguien, e intenta al mismo tiempo echar hacia atrás con la mano el mechón de pelo que le cae sobre la frente, con un ligero arqueamiento de la ceja. No es el tic afectado y casi femenino que muchos poseen. Es más bien una evolución repentina, nerviosa, inconsciente como todos los tics, que por supuesto apenas mueve su pelo rubio y lacio, cortado a la nuca.

Elmer regresa del baño. Viene feliz de la vida y de estar visitando México. Ahora sí quiere hacer plática y pide un refresco. Para vengarnos de sus refunfuños, hago una seña a Alan y le respondemos sólo con monosílabos. Estamos recargados en la barra de la tienda. Alan está de espaldas, apoyándose con los codos. Con una mano alcanzo a rozar su brazo. Le tomo algunos vellos y los estiro con suavidad. Parece no darse por enterado.

—Pues ya vámonos ¿no? Para aventajar más camino —dice.

—Ay, espérense a que me acabe el té y que Elmer se tome...

—No, estás loco, allí se quedan los dos —le respondo a Miguel.

—Salimos y vamos al mirador a un lado de la tienda. Alan se sienta en la barda. Miro su perfil a la luz blanquísima de los arbotantes, encendidos mientras estábamos dentro. Se sabe observado y no me mira. Busca en las bolsas de su camisa, en el pantalón. Dejé los cigarros en el carro dice, e intenta bajarse. Lo retengo de las rodillas y me paro frente a él. Saco una cajetilla de la chamarra. Fumamos. Quedan todas las cosas por decir, pero ninguno se lo propone. Sus labios chupando el cigarro se vuelven un gran *close up* con iluminación artificial. Ahuyento otras imágenes más deseables. Él se estremece cuando una ráfaga de aire sopla. Está muy helado dice a este espectador de cualquier gesto suyo. Desbrocho mi chamarra y la descorro de los hombros.

—No te la vayas a quitar por favor —me advierte—, oye, no soy una quinceañera desvalida. Mejor ya vámonos.

Se incorpora de repente y quedamos muy cerca, recibiendo uno el aliento del otro. Un centímetro más y te beso, murmuro.

[3]

Se incorpora de repente y quedamos muy cerca, recibiendo uno el aliento del otro. Órale putos, que está haciendo mucho frío, nos grita Miguel. Caminamos hacia el auto y Alan va con la cabeza postrada, mirando la grava que pisan sus tenis blancos, limpiísimos, con calcetas también inmaculadas. Antes de abordar me pide que ocupe el asiento delantero. Todo temor de haberme atrevido demasiado se desvanece cuando enciende el motor y me dirige una de sus más exquisitas sonrisas. Abandonamos la tienda. De nuevo en marcha.

Indudablemente se siente soñado, pienso al ver su perfil perfecto de dios griego. Sonríe al recordar los comentarios de alguien días atrás: se siente soñado el güey, dijeron, tal vez porque Alan mantenía en todo momento esa actitud de indolencia que a muchos les parece pedante. Está soñado, afirmo, y entonces volteo conmigo y sonrío.



El vampiro [detalle], 1983

–¿Acordándote de tus maldades? –pregunta.

–Yo nunca hago maldades.

–Sí, ahorita te lo creo.

De nuevo se enfrasca en la línea ondulante de la carretera. Es la escena perfecta para un comercial de automóviles: el muchacho guapo manejando un carro impecable, tomando las curvas tan fáciles como si fuera un cochecito de juguete que avanza por una vía de plástico, pegado a un riel que no lo deja desviarse. Alan sabe que lo he estado mirando todo el tiempo, tal vez por eso no deja de sonreír. También Elmer lo advierte. Después de probar incorporarse a nuestra conversación, ya sólo nos mira de vez en cuando, con el mismo encabronamiento de hace rato. Miguel se ha vuelto a dormir, ahora sí parece que no despierta hasta que lleguemos. Como Elmer decide ignorarnos usando sus audífonos, queda todo el tiempo de la noche para que yo observe a Alan y él sea observado.

Al mover la palanca de velocidades deja la mano sobre la perilla. Acercó la pierna pero él la retira en

seguida. Un enfado repentino me sube a la cara y me retiro hacia el otro extremo. Cabrón, ¿entonces para qué tanta pinche sonrisita? Alan lo advierte, por primera vez en todo el viaje toma un gesto serio. ¿Tal vez preocupado? ¿Arrepentido? ¿De qué? Son demasiadas preguntas querido Watson, me respondo yo mismo.

–Oye, mira, en esa mochila están unos casetes, sácalos ¿no? –solicita él. De mala gana abro la bolsa colocada bajo el asiento–. A ver, busca uno que dice Notas Musicales. O bueno, saca el que gustes. ¿O no quieres oír música?

–No –respondo, con un tono que involuntariamente suena muy golpeado. Intento concentrarme en las sombras que bailan tras el cristal. Sonrío de pronto al pensar en lo ridículo de la escena. Me vuelvo para mirarlo. No puedo creerlo, realmente se ha puesto nervioso. Dice algo ininteligible de las luces, oprimiendo, sin que haya ninguna necesidad, los botones junto al volante. Bueno, si tú no quieres decir nada y tampoco, por lo menos no por ahora, deci-

do. En el asiento trasero, Elmer y Miguel hacen un dúo de ronquidos.

–Bueno, cuál quieres que te pase –digo al fin, vencido. Repaso las cajas– Ana Gabriel, k.d. lang, R.E.M., Chayito Valdez –empiezo a bromear pues esos no están allí– la Banda Machos...

–Tú puedes poner el que quieras –me responde sin dejar de mirar al frente y colocando la mano sobre mi pierna, muy cerca de la bragueta.

[4]

–Bueno, cuál quieres que te pase –digo al fin, vencido. Repaso las cajas– Ana Gabriel, k.d. lang, R.E.M., Chayito Valdez –empiezo a bromear pues esos no están allí– la Banda Machos...

–Tú puedes poner el que quieras, pero sube el volumen para despertar a estos güevones. Míralos nomás, les dije que yo manejaba si me hablaban todo el camino para no dormirme.

–Y como yo aquí estoy pintado nomás. A lo mejor no te basta mi conversación. –Introduzco en el aparato de sonido un casete tomado al azar.

–Sí me basta, y me sobra –responde, permitiéndose despejar la mirada de la carretera y dirigirla a mí–. Además que se vayan despertando porque ya falta muy poco para llegar, y después les da un aire si salen calientes, como decía mi abuela. –Vaya, el dios griego se permite tener descendencia mortal.

–Quienes deberían estar calientes son otros.

–¿Tú crees?

–¿Tú no?

–Pues a lo mejor... Más tarde. –Vuelve a acomodar con una mano el mechón de pelo.

Permanecemos unos minutos en silencio, escuchando una canción sobre dos amigos que por el día disimulan y por la noche, tras una puerta, como dirían en una radionovela que hiciera suspirar a todas las amas de casa deseosas de aventuras, dan rienda suelta a su amor. Coloco un brazo sobre el respaldo de su asiento. Si estirara un poco los dedos podría tocar su nuca blanquísima. Imagino qué color tendrá su piel en otras regiones corporales. Después de rodear un último cerro, a lo lejos se ven muchas luces y todavía más allá una mancha negra.

–Por fin, *abbiamo arrivati*.

–*Siamo arrivati*, menso –lo corrijo, que también recuerdo esas clases de italiano que todo mundo toma alguna vez en su vida, por puro esnobismo. Las luces se van acercando más, hasta que la carretera se convierte en una calzada muy iluminada, limpia, reluciente para el turismo. Entramos por otras calles pequeñas y empedradas.

–Ahora nada más falta buscar el domicilio. A ver saca el papel de la guantera.

Creo tener un recuerdo vago de qué rumbo tomar, pero Alan insiste en el sentido contrario. Tengo la impresión de que quiere retrasar la llegada. Para convencernos, decidimos bajar del auto y preguntarle a una señora.

–Pues miren, pasan todos los hoteles, por aquí derecho, y van agarrar otro pedazo de carretera. Allí después encuentran la entrada.

Ya ves, ya ves, le digo a Alan. Lo aprisiono del cuello y simulo golpearle la cara con el puño. La señora sonríe con un gesto de ay, estos muchachos. Vemos por la ventanilla la cara somnolienta de Miguel. ¿Ya es aquí? Nos pregunta. Le digo a Alan:

–Si estás cansado yo manejo ahorita.

–Ya para qué. Me hubieras dicho antes. Todo el viaje esperé que hablaras pero no te animaste.

Permanezco mudo, sin saber qué contestar.

–Pero bueno –agrega antes de entrar al auto– todavía se puede remediar el asunto –me entrega las llaves y al tomarlas, en un momento que me parece quedamos aislados del tiempo, sólo tocados por el aire fresco, retiene mi mano entre sus dedos.

[5]

Permanezco mudo, sin saber qué contestar.

–Pero bueno –agrega antes de entrar al auto– todavía se puede remediar el asunto –y me entrega las llaves– aunque las almorranas ya me las gané con mucho sudor y no precisamente de mi frente.

–Qué prosaico te has vuelto.

En el auto Miguel bosteza y Elmer revisa cada hotel que pasamos, cada restaurante, la gente. Después dictamina, condescendiente:

–Es bonito.

–Ándale, también habla además de roncar este cuate –aunque no volteo a mirarlo, presiento su mirada aniquiladora. Miguel se recarga en mi respaldo:

–No seas culero. Acuérdate que es un invitado *especial*.

–Ay, pero si no le digo nada –contesto.

En la casa ya se ha organizado un festejo. Alejandro nos recibe con un coctel para cada uno. Ya estamos todos.

–Los esperamos para rifar los cuartos –nos dice al indicar las maletas, que aún están en la sala–. Por supuesto, se rifarán todos excepto la suite, que es para el anfitrión.

Alan se acerca a saludar a unos, yo a otros. Después del primer coctel, sigue el segundo y un tercero. Encienden el aparato de sonido y alguien comienza a bailar. Alejandro anda de un grupo a otro y exclama al ver, no que muy cansados del viaje. Hay mucho entusiasmo por reunirnos nuevamente, como viejos amiguitos. A pesar de que no hemos coincidido, Alan y yo nos vigilamos todo el tiempo. Después de participar en varias conversaciones, de cambiar de sitio, de ir al baño, hemos seguido los movimientos del otro. En un momento decido probarlo y me

parapeto en la entrada de la cocina. Observo que me busca, primero con miradas rápidas y breves, después con más detenimiento al punto que su interlocutor lo apela. Me acerco, simulando haber ido por cualquier cosa y pasando muy cerca de él. Por supuesto, sonreímos al mirarnos.

Como un monarca que decide en cualquier momento el fin de la fiesta, Alejandro da una palmada en el centro de la sala.

–Ahora sí, lo de los cuartos. Ya mañana seguiremos la pachangá. Como siempre no venimos muchos, podemos quedarnos de a dos en cada uno. Aquí están todos, los cuartos de arriba tienen un dos y los de abajo un uno. Primero ven qué les tocó y después se es-co-ge-n entre ustedes. Fernando, tú primero.

Tomo un papelito de los que agita en una jarra de cristal. Dos. Alejandro ofrece los papeles a quienes considera los postulantes. Para Alan no hay. No quiero imaginar siquiera pedirle que se venga conmigo. En todos los sentidos. A ver, quien desea ver el atardecer desde arriba, digo en voz alta, mientras recojo mi maleta. Alan me sorprende hablándome muy de cerca.

–¿De veras no pensabas decírmelo a mí?

[6]

A ver, quien desea ver el atardecer desde arriba, digo en voz alta, mientras recojo mi maleta. Cuando vuelvo a verlos, Alan se encamina al pasillo de la planta baja con José. Claro, era de esperarse. Nadie atiende mi llamado. Saboreo la posibilidad del cuarto para mí solo. Exhausto y fracasado, emprendo la subida por las escaleras.

En el cuarto desempaco la ropa, prendo la televisión y mato una cucaracha que sube por la pared. Si le dijera a Alejandro haría dos cosas: primero se muere de la vergüenza y del asco y después les pone una regañiza a los sirvientes. La aplasto sin mayor trámite. Me desnudo. Por primera vez desde que llegamos miro mi reloj. La una y veinte. Tirado en la cama como el dibujo de Leonardo, con las piernas y los brazos extendidos, dejo que llegue la somnolencia. Casi duermo cuando escucho muy lejanos unos toquidos en la puerta. Abro con desgano. Es él.

Tres poemas

Guadalupe Morfín

Hija de la sal

a JSR

Vulnerable,
como una prisión en el estiaje
donde explotan las cosas primitivas;
frágil,
como equilibrio en corazón de trapecista,
entra la mujer en su propio dominio
el de las cosas nacidas del mar, en él anticipadas;
acopla con sus manos la levadura y la sal
eleva al sol su pan de lágrimas
multiplica la risa de sus comensales
y déjase llover internamente
cuando la sequía circunda y reduce
el aroma del azahar a polvo sometido.

Ninguna sequedad logra sitiarla:
vendrá el verano y la hallará despierta
junto a la ventana del rayo generoso;
festejará la lluvia con libaciones jubilares
y habitará el jardín de su tiempo mayor.

Con el sudor de la espera danzará
como vestal del cuerpo agradecido
el húmedo retorno de su Ulises.

Canto de lo anunciado

Caminamos en la fe pero no en la visión

San Pablo

Tendré tu nombre entonces para mi boca sola
para mi sed entera
no será en este tiempo pero aquí
desde donde me mirabas

me siento yo también
y aunque no logro verme
tus ojos van dictando a mis pupilas.
Desasida de ti
sin evidentes yugos
entro en el silencio de los impronunciados.
Quemé mis naves
me convertí en ceniza
camino en la ceguera de mi fe
las manos extendidas
la gracia con sus puertas invisibles
Te seguiré llamando
—puede más el creer que la visión—
mañana podré cantarte
decirte lo no dicho, pronunciarte.

Ay de la ceniza

¡Ay de aquello que la ceniza oculta!
bajo el cielo de otoño el naufragio dormita
pero vendrá la lluvia y deshará
la piadosa elaboración de los olvidos
—ese flaco servicio de lo yermo—.
Irá lo mucho y poco a la deriva
el calcinado verbo, su edificio
sitiado en otra hora por la sed
la umbría palabra serenada
en su tono vespertino
el olor de los frutos del desaparecido huerto
las risas en el aire
la mano acongojada por la espina
la reventada boca del granado
el sustraído tiempo.
Todo saldrá a la luz del sol
cuando haya secado la última gota
del primer aguacero
y será un calendario confundido
el que agite la tierra
y la fecunde.
¡Ay de las cenizas que invocaban los nombres
los cantos de renglones fugaces y amorosos!
vendrá la lluvia y lamerá sus ecos
el limo de su memoria
los cantos enterrados
los silencios
aquello que extraviado perdura y desvaría

carta ECONÓMICA regional

REVISTA BIMESTRAL DEL
INSTITUTO DE ESTUDIOS ECONÓMICOS Y REGIONALES
DE LA UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA



suscripciones:
nueva: \$ 90
renovación: \$ 80

en el extranjero
USD \$ 65

Teléfonos: [3] 656 9494 ♦ 656 9480 ♦ 656 9564

vincul@ción

UNIVERSIDAD • SOCIEDAD

Primera Exposición Intercentros
de Ciencia y Tecnología

La ciencia al alcance de los empresarios

Vinculación universitaria

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA • NUEVA ÉPOCA • 1 / 1996

revista de conexión interinstitucional

ACUDE

*Acuerdo Universitario
para el Desarrollo Sustentable*

mayores informes:

Unidad de Vinculación y Difusión Científica
Hidalgo 919 PB

☎ [3] 825 0266 y 825 0985
Guadalajara, Jalisco, México

Dancing

Octavio Romero



Justo el primer día de las breves vacaciones, sentado en el borde de la cama, durante los instantes posteriores al sueño percibí una señal familiar: la sensación de que algo maligno y acechante pugnaba por abrirse paso entre la oscuridad para devorar sus contornos, en cuyo centro me hallaba inmóvil. Era la forma del temor modelado por los cinco meses de pesadillas: un malestar emocional que me reprochaba el exceso de trabajo. Sin pensarlo ni un instante más, me dije que debía salir a comer o me hundiría en la desesperación, que los hábitos rutinarios nos confirman y al hambre no se le anda con rodeos.

A paso veloz recorrí el pasillo y bajé las escaleras.

En la administración, el encargado se encontraba dormido en un sofá, cubierto con un periódico. Era un hombre de rostro cobrizo (tal vez por el exceso de sol en su juventud, ya que sus brazos eran más claros), que le gustaba dormir tras el mostrador parapetado por las hojas impresas. No creo que su costumbre tuviera por meta el ocultamiento; su descanso y postura, a punto de caer a lo largo del sofá, eran exageradamente ostensibles como para aceptarlo. Si lo vemos de acuerdo con su puesto ante cualquier huésped, más bien era dable identificar las débiles telarañas de la escritura con su frustada intención de omitir los ronquidos del sueño.

Dejé la llave a su alcance y me dirigí a la salida.

A través de los cristales de la puerta de la calle descubrí una mujer que, debatiéndose bajo paquetes de compras, con movimientos imprecisos, intentaba abrir la puerta, la cual sostuve para que entrara fácilmente y me dejara paso libre con rapidez. La mujer buscó con la mirada a quien la había auxiliado, mientras yo la analizaba con ojo clínico. Muy esbelta, con un rostro de palidez lunar a causa del maquillaje, pelo negro recogido con un listón blanco y ojos avellana. Nos miramos un instante. Una sola vez un instante, como de esas veces que sostenemos la mirada con el deseo de que pase algo intensamente, con el deseo de cruzar algunas palabras y sentir lo que el otro hace y supone de cualquier cosa; con la necesidad de vernos vivir.

No vi si la mujer sonrió, al menos exteriormente; más bien adiviné una sonrisa interior que se abría paso bajo interminables obstáculos, tal vez en busca de una realización que no era capaz de manifestarse. ¿Dónde se hospedaba? Si habitaba el hotel California, no la había visto du-

**Segundo capítulo de la novela Vidas angelinas, editado en la colección Los Cuadernos del Jabalí, de la Unidad Editorial del Gobierno del Estado, 1996.*

rante los cinco meses anteriores, el tiempo que viví en el frío y la oscuridad.

Nos cruzamos.

El encuentro me provocó la redención que se obtiene al percibir la esencia de lo vital en la conciencia: viviendo de día poco a poco sentí que me alejaba de la obsesiva imagen de la muerte. Aquello de ver personas enérgicas era algo renovado y de exquisito frescor. Adiviné en la recién encontrada las palabras empleadas para decir sus motivos, por ejemplo, para nombrar los hábitos cotidianos, los gestos posibles al enunciar lo más íntimo, el sorprendente lucimiento de los objetos exteriores en sus bellos ojos, las fórmulas empleadas para confirmarse ante los demás.

Busqué respuestas inmediatas.

Naturalmente, cierto que veía por las noches a los clientes de la cafetería, pero aquéllos eran aves nocturnas de infinita rapacidad que, después de saciar el hambre, se alejaban envueltas en las vendas de la noche. O bien por la mañana, cuando todos hacían fila antes de alejarse rumbo al trabajo, sometidos a la inmediatez de una rutina que les negaba su integridad, los ojos reseco y las manos temblorosas, quienes ni siquiera compartían el silencio que habitaban, parapetados en palabras carcomidas por la desidia, parte de una extensa historia monumental sin definiciones, nombres o hallazgos.

Bajo el pleno resplandor solar, la ciudad ya compartida por el ir y venir de las voces, me adiviné una suerte de vampiro liberto de todos los hechizos.

¿Acaso regresaba de ultratumba?

Después de comer dos porciones de pizza en el Jack in the box situado a tres cuadras del hotel, caminé por la Brooklyn st. al este de Los Ángeles. Llegué a una parada del ómnibus. Un paseo por el centro no estaba mal. ¿Cómo era el downtown de Los Ángeles? Lo recordaba con mayor precisión por efecto de las películas que por experiencia directa. Tenía seis meses de vivir en la ciudad; los primeros días los pasé asistiendo a un cursillo de capacitación laboral, y el resto en las sombras de la cafetería. Antes viví en México, donde estudié letras modernas, perdiendo los años sin encontrar un respuesta al silencio de mi vida, pero todo ello ahora me parecía como si fuera una imagen desfigurada por la agresi-

va nitidez del presente. Al fin y al cabo, eventualmente eso carecía de importancia.

Lo importante era la acción.

Miré un letrero luminoso: 68 East L.A.-Downtown L.A. El ómnibus se detuvo lentamente. Escuché el aire a presión del sistema hidráulico, y el sonido semejaba al de cafeteras puntuales. Subí y busqué acomodo en uno de los últimos asientos, ya que el ómnibus iba desocupado en su mitad, y así mirar por las ventanillas la mayor amplitud exterior. El colorido de aguafuerte en las fachadas, las siluetas de los cuerpos opacos que se deslizaban furtivamente y los actos inexplicables en primer plano, en conjunto, daban el aire de una majestuosa tragedia reducida a tiras cómicas.

Y sin embargo no se antojaba reír.

A la siguiente parada, unas tres cuadras adelante, descubrí que una mujer subía de última hora. De inmediato noté en ella rasgos peculiares. Aunque vestida con sencillez, unos gastados *blue jeans* a juego con su bolsa, tenis y playera blancos, en esos breves instantes admiré su espontánea elegancia, lo suficiente notable como para no pasarme inadvertida. El paseo ya rendía sus frutos: ¿era la mujer de los paquetes de compras? Intenté reconocer en ella el recuerdo fugaz, pero todos los rostros que veía una sola vez se idealizaban en mi memoria, y la mayoría de las veces ya no coincidían con el modelo original. En todo caso si era ella, imaginé que me reconocería dedicándome un sutil saludo de conocidos recientes.

Aguardé la corona de laureles del destino.

Su mirada buscó un lugar libre justo en la fila anterior a la mía, y aprisa fue a sentarse dándome la espalda negligentemente. Entonces miré esa larga espalda cubierta por el sedoso cabello que se desparramaba sobre el respaldo del asiento y quedaba a unos cuantos centímetros de mis manos. Oloroso a ducha fresca, brillante como la luz del atardecer, no resistí el impulso de tocar ese prodigio, maravillosamente suave por la vida. Y así tuve un deseo tenaz: delicioso que esta mujer, en este momento entre mis yemas, estuviera casualmente hospedada en el hotel California.

Pero California es el hotel de paso de todo mundo.

Durante el trayecto, ocasionalmente miraba su



Retrato de golondrina, 1984

nuca y, al ver que ella iba concentrada en el paisaje de la ciudad, deslizaba los dedos para acariciar su cabello abundante y perfectamente cepillado. En alguna ocasión, llevada por un impulso intuitivo, la mujer volteó tratando de captar de soslayo lo que yo hacía, y con suavidad solté el cabello, adoptando una postura de natural interés en el panorama de los techos y las deshilvanadas nubes del cielo azul celeste. Poco a poco admití que de veras Los Ángeles se hallaba en una estación veraniega.

Y naturalmente el veraneo es la mejor coartada de todo atisbador.

Momentos después, al llegar a Broadway st., cuando la mujer se incorporó, inesperadamente sentí la curiosa necesidad de seguirla. No había que pensarlo: después de ella bajé del ómnibus. De inmediato la mujer caminó con largas zancadas por la acera, y la seguí tembloroso de emoción. ¿Cuáles podrían ser sus actividades? ¿Tal vez buscaba lo

mismo que yo? Es decir, ¿establecer de alguna forma contacto con la realidad?

Intenté imaginar el amor forjado en el downtown de Los Ángeles.

Siempre con sus aires de manifestación multitudinaria, de gigantesco *living room* de los despilfarros cotidianos, el downtown prefigura una de las síntesis del mundo. Basta con poner pie bajo sus cúpulas para que inicie la función: interminables desfiles de viandantes de todo el mundo, luciendo los gritos de la moda, el mecanismo sonoro de varias lenguas, el acecho de las manos enemigas, el reino de la anatomía casi al natural, la guerra y la paz en exposición permanente, comedia y tragedia en un solo acto de soslayo. Aquí el amor debía ser una rara manifestación de la esperanza.

Y en medio de todo esto iba tras la inocencia de una joven.

Ella deslizaba su primorosa fluidez, causando

un cierto malestar en aquellos que apenas la captaban por el rabillo del ojo, la proa de una majestuosa embarcación en la tempestad. A veces le distinguía un filón del *blue jeans* o un papaloteo azul de la bolsa, que asimilaba a los resplandores blancos de los tenis cuya trayectoria era el símbolo de mi deseo.

Sus pasos cobraron el obsesivo fervor de lo inolvidable.

Empezaba a encontrar estimulante la persecución cuando, con rápidos movimientos, la mujer entró en una tienda de lencería. Antes de entrar pensé que, si ella descubría un hombre curioseando prendas íntimas de mujer, espontáneamente le provocaría rechazo. Tampoco era recomendable exponerme ante un potencial perverso. Crucé la calle y desde el otro lado, mientras miraba distraído la cartelera de un cine, vigilé los movimientos del comercio. Habría esperado en ese lugar a que saliera si, al estudiar la cartelera, no hubiera descubierto que se trataba de un cine que exhibía sólo películas pornográficas. Decidí caminar al otro lado de la calle, siempre atento a los movimientos de la tienda, volviendo sobre mis pasos tranquilamente. Antes de llegar a una esquina retorné en dirección contraria, rumbo a la del otro extremo. Así pues, cuando la mujer salió, yo aparentaba ser un viandante más en el interior de una multitud que se movía en múltiples direcciones.

En ese momento comprobé que ella venía hacia mí.

Debía hacerme gris entre los demás. Me detuve ante un aparador para ver las ofertas de una tienda de electrónicos, sin desatender los reflejos del cristal, por donde ella pasó indiferente a mi figura. Me quedó la impresión de tratarse de una mujer por los veinte, de largas piernas, tez pálida y expresión melancólica, imagen que de algún modo asimilé a la mujer del hotel.

Desconcertado con la idea de vérmelas con el prototipo de la mujer romántica, enervante y adictiva, me prometí una y mil veces el margen de cuatela propio de un aficionado a la salvación por contacto carnal.

En el cielo angelino el sol todavía iluminaba las calles cuando sentí que la distancia era prudente, y

reanudé la marcha divertido con la idea de que la mujer era víctima de una persecución hollywoodesa. Unos pasos adelante, se detuvo ante un puesto de accesorios de moda. A unos siete metros de ella, atento a sus actividades, eché un vistazo a un puesto de periódicos. En ocho columnas, la noticia de *La Opción* decía: MÉXICO DESASTRADO POR EL TERREMOTO DE SEPTIEMBRE 19. Adiviné una densa polvareda cubriendo a los sobrevivientes, testigos de un pasado que apenas reconocían, atareados en su ir y venir entrecortado por la vida.

Claro está, antes había vivido en México, pero eso carecía de interés.

Jacinto Grau: un dramaturgo socialista contra la burguesía

Ho-Sang Kang

Los experimentos renovadores de Jacinto Grau permiten abrir un nuevo camino para rechazar las limitaciones temporales y espaciales del teatro español ligadas al aspecto comercial y la burguesía. Por lo tanto, Grau, como ejemplo de la libertad creadora, abandonó el estrecho mundo del teatro comercial y la burguesía, y se constituyó en un paradigma de originalidad en la escena del siglo xx, no obstante el rechazo del público y los críticos.

A comienzos del siglo xx, el teatro español ofrece una menor calidad literaria en relación con otros géneros, debido al frenético ritmo de producción exigido por la estructura comercial y, al mismo tiempo, a la vulgaridad del gusto del público burgués. El espectador medio de este teatro es el que acude regularmente a las representaciones de Echegaray, miembros maduros, mientras que los críticos más influyentes de la prensa diaria consideraban que su misión consistía en aconsejar a los dramaturgos sobre la manera de agradar al espectador. Algunos autores intentaron contrarrestar estas tendencias, aunque sin éxito, con un teatro experimental condenado a ser minoritario.

Resulta significativo que en 1905, cuando la prensa organizó un homenaje nacional a Echegaray por habersele concedido el Premio Nobel de Litera-

Ho-Sang Kang, de nacionalidad coreana, es egresado de la Maestría en Literatura Española e Hispanoamericana de la Universidad de Guadalajara. En este ensayo nos presenta la obra de un autor de teatro español muy apreciado por el público tapatío de principios de nuestro siglo. Jacinto Grau (1877-1956) es hoy día un escritor poco conocido. Julio Torri, en su libro *La literatura española*, opina que la mejor obra de Grau es *El conde Alarcos*.

tura, un grupo de escritores, entre los que figuraban Unamuno, Azorín, Baroja, Valle-Inclán, Antonio y Manuel Machado, Maeztu y Jacinto Grau, firmó un manifiesto de protesta pública. La lista impresiona por su representatividad en la historia del teatro español.

Sin embargo, las líneas de evolución del teatro de mayor éxito habían sido ya determinadas por Jacinto Benavente, dramaturgo que iba a dominar la escena española durante más de medio siglo, y que continuarían con Gregorio Martínez Sierra y sus seguidores en lo que se ha dado en llamar el drama burgués realista o «alta comedia». Su posición en el cisma ideológico provocado en España por la primera guerra mundial, lo enfrenta a la mayor parte de los intelectuales, lo cual desemboca en un antagonismo irresoluble.

En tanto, Pérez de Ayala insistía en el nulo valor de Benavente, y la regresión que ello suponía para la escena española, la crítica ensalzaba aún más al autor de *Los intereses creados*, su popularidad y el acercamiento a un público mayoritario, que rechazaba cualquier innovación escénica y atisbo de preocupación ideológica. El conjunto de la intelectualidad centró sus críticas en Benavente —como antes lo hizo con Echegaray—, a quien se acusó de tratar los asuntos desde una perspectiva trivial, que en nada reflejaba la convulsa sociedad española y, en definitiva, hacía que el teatro español sufriera una permanente crisis, tanto de público como de valores, lo cual originó el descenso de la calidad teatral.

A pesar de todo esto, Benavente, y de igual modo Carlos Arniches, no acepta la inferioridad del teatro español en los años veinte respecto a las otras actividades artísticas.

En este período nacen también otros dos tipos de teatro muy diferentes: el «teatro poético» y la «comedia costumbrista», que conquistaron diversos estratos del público. El primero reacciona contra el teatro realista, en un intento de llevar la estética modernista al teatro, de hacer que la evasión presente en un mundo artificial de fantasía poética se integrara en la escena española del primer cuarto de siglo. Esta tentativa tuvo su iniciador en el poeta almeriense Francisco Villaespesa. Después es seguida, no sin diferencias, por Eduardo Marquina y José María Pemán, entre otros.

Hacia 1900, el complacido costumbrismo, que se había iniciado con la pretensión de proteger a los españoles de la inquietud ideológica, había degenerado en una mera diversión. En lo que concierne al teatro, estaba inseparablemente unido a la comedia musical y, más en concreto, al llamado «género chico», el sainete en un acto, que casi siempre intercalaba canciones entre los diálogos. A este grupo pertenecen los hermanos Serafín y Joaquín Álvarez Quintero o Arniches, entre otros.

A pesar de la longevidad y la copiosa producción de estos destacados dramaturgos, Jacinto Grau intenta rescatar el teatro español de su trivialidad burguesa y su industrialización, al pretender ser la contrafigura de Benavente, pero es rechazado y sus esfuerzos no tienen éxito ante un público y unos autores acomodados. El fracaso de Grau se explica por la dificultad de su integración en el entramado comercial que alejaba su producción de los escenarios a causa de su intelectualismo intransigente. La razón más realista de ese fracaso nos la dan algunos de sus contemporáneos cuando se refieren a su teatro «proscrito de la escena española por el contubernio de los cerriles», o explican la tónica de aquella escena que, «regida por la burguesía y la clase media, se reduce por eso a las obras que transcriben de diversos modos su sensibilidad». Sin embargo, para entender el choque de Grau con la estructura escénica española es necesario conocer las causas que lo originaron. Este enfrentamiento llegó a su momento culminante en una agria polémica entre Grau y Benavente, motivada por sus conceptos opuestos de lo trágico que, a juicio de aquél, nunca podrían destruir. Sus diferencias son, desde luego, estéticas, aunque no deba olvidarse que bajo ellas

laten motivos más profundos. En las obras de Benavente da la sensación de que no hay nada que no esté subordinado al efecto de la teoría que, en suma, triunfa en una sociedad mecanicista, con un teatro igualmente mecánico. En cambio parece que a Grau la obra se le escapa de las manos y todo su interés (como todo su fracaso ante el público) residiera en la búsqueda infructuosa de un principio ordenador, una fórmula para expresarse en un género que por todas partes amenazaba irse a la ruina.

Así, Jacinto Grau es un autor «cursi», gafe (un *jetatore*) o una figura extraña («bicho raro») aislado en el panorama literario español, ya que no tenía éxito en su país, aunque sí fuera de sus fronteras, a pesar de que dedicaba todo su tiempo al teatro con un gran respeto por el arte, y su indignación por la superficialidad e industrialización teatral. Pero se ha dicho con frecuencia que es imposible hablar del moderno teatro español sin referirse a la obra de Grau, dado el alto grado de sabiduría escénica. Al respecto el autor escribió: «Estando el actual teatro español generalmente fuera de toda acción artística e inteligencia, a causa de los escasos hombres de letras contemporáneas que han nacido entre nosotros con vocación de poeta dramático, y como se ha convencido estúpidamente que el público sólo quiere bazofia industrial y teatro de bazar, acostumbrado a dar al libro antes de que a la escena».

La resistencia ante el teatro realista que comparte Grau con sus coetáneos más avanzados se manifiesta, al principio de su carrera, en la inclinación hacia la expresión lírica que se observa en su producción. Se aleja de la alta comedia española y del teatro naturalista europeo, desprecia la realidad superficial que domina en las comedias de Benavente o las farsas de Arniches. Su obsesión por superar las tradicionales barreras genéricas, temáticas, espaciales y lingüísticas constituye el rasgo más peculiar de nuestro autor.

La producción dramática de Grau se extiende desde 1902 hasta 1958, año de su muerte. En más de medio siglo escribió 25 obras teatrales, siete ensayos y dos novelas cortas. Durante este período no ahorra las críticas al teatro español contemporáneo sobre su alejamiento de las innovadoras corrientes europeas, y su falta de originalidad y de inquietud

social o intelectual. Culpa a los empresarios, actores y críticos de que exista únicamente un teatro comercial, vulgar y provincial.

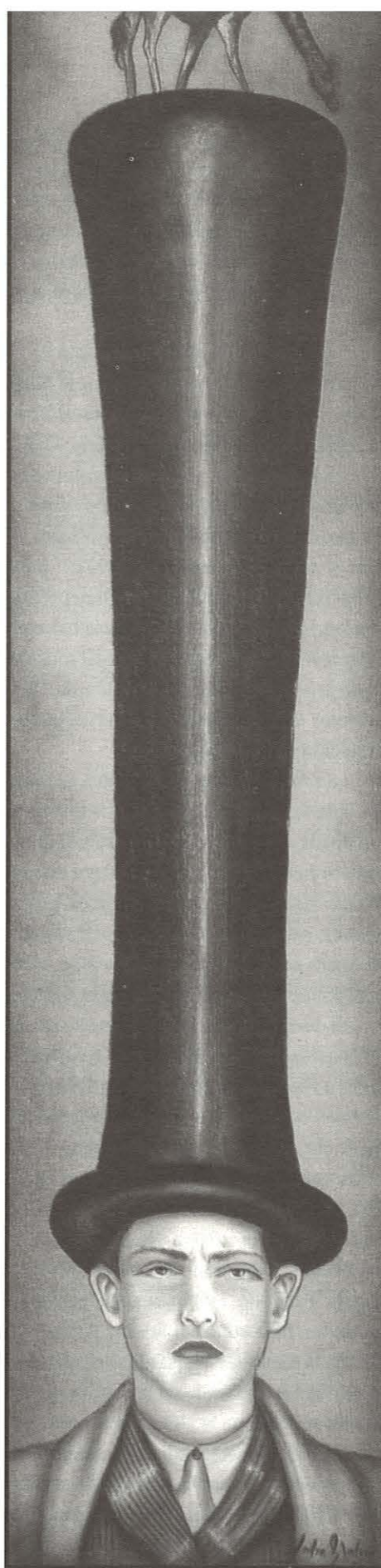
En su teatro podemos distinguir seis grandes temas, reflejados a lo largo de sus obras dramáticas: a) el mundo del romancero, b) el mito de Don Juan, c) la Biblia, d) el amor pasional, e) la preocupación sociopolítica, y f) el destino, la ilusión y la muerte.

A pesar de que cada tema está desarrollado en toda su obra, el del romancero predomina en *El conde Alarcos*, tragicomedia en tres actos escrita en 1907 y publicada diez años más tarde en Madrid, basada en un romance del siglo XVI atribuido a Pedro de Riaño, *El romance del conde Alarcos y de la infanta Solisa*. En esta obra, Grau intenta hacer una renovación de la auténtica tragedia española mediante la intensidad de los sentimientos en la situación presentada, al mismo tiempo que recuperar un viejo mito literario.

El tema bíblico predomina en *El hijo pródigo y La redención de Judas*. La primera, parábolas en tres jornadas, fue escrita en 1917 y publicada un año después en Madrid; en esta obra, Grau trata de crear una atmósfera arcaica a través de los personajes principales de la bien conocida parábola contada por Jesús; en ella muestra su concepción y esfuerzo por expresar y resolver un conflicto atormentado y angustioso, y relacionar la sensación de un antiguo ritmo vital con la naturaleza y la religión. Esta obra llevará como subtítulo el que Unamuno dio a una de sus mejores novelas –«nivolas»–: *Niebla*. Y es que el paralelo entre ambos textos es evidente, sobre todo las semejanzas entre algunas situaciones: el hijo pródigo, Lotán, es similar a Abel Sánchez; Osen es Caín como Caín es Joaquín Monegro en la novela de Unamuno. *La redención de Judas*, escrita en 1903 y publicada en 1920, también en Madrid, presenta una nueva interpretación de la historia de Judas; el protagonista se revela contra su predestinado papel de traidor y es salvado por el amor de una mujer.

El amor pasional predomina en *Entre llamas*, tragedia en dos actos y un epílogo, escrita en 1905 y publicada en 1915 en Madrid. En esta obra se refle-

Autorretrato con dolor de sombrero, 1991



ja una visión limitada y trágica de la vida doméstica a través de la envidia y el odio entre hermanos, en la que se manifiesta un nihilismo y un enorme vacío moral debido a la pasión destructiva producida por dos seres anormales que luchan contra lo imposible; todo ello basado en hechos reales contemporáneos.

El mito de Don Juan predomina en *Don Juan de Carillana* y *El burlador que no se burla*. La primera, comedia en dos actos, se escribió en 1913 y se publicó ese mismo año en Madrid. Grau analiza a Don Juan como un personaje moderno de amor y emoción, distinto del auténtico Don Juan. La segunda es una tragicomedia en un prólogo, cinco cuadros y un epílogo, escrita en 1927 y publicada en 1930 en Madrid. En esta pieza, Grau presenta la vida de Don Juan desde la adolescencia hasta el fin de su vida, con todos los ingredientes del melodrama; trata de crear una auténtica versión de Don Juan, al inventar unos personajes y una sugestiva reinterpretación del viejo mito.

La preocupación sociopolítica es prioritaria en *En Ildaria*, comedia en dos actos escrita en 1913 y publicada en 1917 en Madrid. En esta obra se representa la heroica lucha individual por un ideal en medio de una sociedad corrupta y decadente; el protagonista, personaje voluntarioso y resolutivo, desafía a su medio social y a su propio destino, y se enfrenta a los políticos hipócritas del mundo contemporáneo.

El destino, la ilusión y la muerte se encuentran en *Los tres locos del mundo*, *La casa del diablo*, *La Señora Guapa*, *Las gafas de Don Telésforo o un loco de buen capricho* y *El señor de Pígmalión*. La primera obra, farsa en cuatro retablos, fue escrita en 1925 y se editó cinco años más tarde en Madrid. En ésta, Grau alterna la fantasía con la realidad, e intenta mostrar la irónica y todopoderosa influencia del destino, la ilusión y la muerte en las vidas humanas. Para ello, inventa cuatro personajes sobrenaturales: El Destino, La Ilusión, La Muerte y El Diablo. En la segunda obra, farsa en cuatro actos, escrita en 1946 y publicada en Argentina en 1959, Grau remite su juicio más allá de la muerte, presenta el mundo de los muertos como una superrealidad donde se discierne el escondido significado de la vida a través de los personajes irreales (almas) y sobrenaturales; en esta farsa el amor y la compasión están

planteados como las fuerzas redimidoras precisas para evitar el egoísmo y trascender la fatalidad de la tierra.

Así, el concepto que Grau tiene del teatro está vinculado a la creación de belleza, que hace de él una de las manifestaciones más completas del arte. Para éste, el teatro y el arte son sinónimos. Lo que cae fuera de ese arte no tiene que ver con el teatro, aunque así se llame. Y éstos, que son la misma cosa, no pueden ser capturados por la crematística y la industria. El arte medio y el teatro son los mejores espejos del momento de un pueblo, una consecuencia y un origen que se dan la mano: los extremos se tocan.

Poemario Recuerdos de la Casa Azul de Jorge Arzate

CECILIA JAIME

En su libro *Recuerdos de la Casa Azul*, Jorge Guadalupe Arzate Salgado recoge sensaciones, un mundo de imágenes auditivas, táctiles, visuales, ecos que se mueven en el cuerpo.

El ganador del Premio Nacional de Poesía Joven Elías Nandino 1996 nos transporta a la «Casa Azul», que bien podría ser el mar, o una angustia e incertidumbre de la que no pueden escapar los personajes, a los que no los salva ni siquiera la pasión ni el amor. Los habitantes de la «Casa Azul», Dalia y Carmina, son seres sumamente sensibles a la naturaleza, están abiertos al placer, atentos a sus propios cuerpos, a las sensaciones que los invaden.

La naturaleza y los sueños son fuente inagotable de gozo, las mantiene despiertas, vivas: «recogería el néctar del mar que se esconde debajo de las piedras del acantilado», dice una de ellas.

Carmina, el personaje principal, es un fantasma, una presencia que flota en el ambiente del pueblo. Una mujer que no se sabe en un principio si está muerta o en el proceso de ir muriendo, porque habla de un deseo de irse recogiendo en el mar, y al mismo tiempo «con las sonrisas de la luna continúa tejendo sueños en los

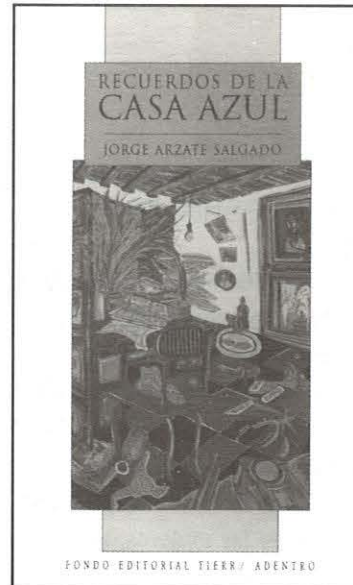
hombres del puerto, mientras en el fondo del mar instaura un reino de peces...».

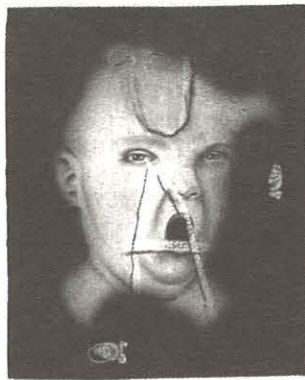
Ella es también una sirena, que vaga, flota en el ambiente, que no puede ser atrapada por ninguno de sus amantes, que no puede ser retenida porque se les va como el agua, aun en contra de su voluntad, presa de una melancolía que la atrapa, un anhelo desesperado de algo que no puede cumplir, es el tiempo que acaba con todo.

Esta mujer, Carmina, se convierte también en un sonido, es una presencia etérea, «se oye su risa, se escuchan sus pasos». El mar es una figura a la que Carmina le suspira, no piensa sino en irse con él, junto con él, en cierta paz; saborear sus brazos, su calor y su fortaleza. A pesar de eso, el mar es una figura suave, que no aparece con toda su furia y su poder, sino como una segunda casa, húmeda, suave.

Las imágenes con que describe Arzate Salgado a los personajes están muy cerca de lo animal, pero también están relacionadas con personajes ancestrales, seres míticos:

dormida sin fin
añora las caricias y besos de él





Autorretrato con mis hermanos, 1992
[primera y segunda imágenes del políptico]

su portentoso cuerpo insaciable
mitad hombre-mitad bestia.

También existe un laberinto, que es, al parecer, lo que la lleva a la muerte, como si fuera un remolino que la absorbiera hacia adentro, como si desde este sitio se fueran minando sus fuerzas.

Como se dijo en un principio, la vida de las mujeres, su convivencia está constantemente amenazada por la muerte, que tiene muchos sentidos. El primero, por supuesto, es el dejar de vivir, pero también la separación, el no poder seguir juntas. Por otra parte, el encuentro de los cuerpos es también la muerte, dejar de existir aunque sea por un momento.

...Los cuerpos se matan trezándose
La pequeña muerte

Ataja

Poco a poco...

...Supongo que te diste cuenta; cuando te besé, el día se acabó por un momento, se borró el mar bajo un sol candente: dejamos de existir.

Los sueños son elementos importantes en esta obra, tanto en el sentido de que pueden rescatar a los personajes de la muerte, o bien como formas que predicen el fin, cuando Carmina sueña que ella es un pez y su amiga una máquina gigante de tubos de metal.

Finalmente, la muerte llega como un sueño, como si todo empezara de nuevo, como si Dalia y Carmina fueran figuras de sal que se fueron desvaneciendo en el agua, como si hubieran surgido del mar, pero como si su desaparición estuviera prevista.

Cuando Carmina muere, se acaba la paz entre los hombres del pueblo, empiezan a luchar unos contra otros: «... el mundo se moriría y yo con él...».

Sólo quedan los recuerdos y una presencia que no quiere morir, quiere renovarse, que su corazón sea alimentado con agua de mar.

Recuerdos de la Casa Azul, *Jorge Arzate Salgado*. Fondo Editorial Tierra Adentro/ Secretaría de Cultura de Jalisco, núm. 130, 1996.

Cuentos

El evangelio, las mujeres y sus hijos, según Martha Cerda

LUIZA CAMPUZANO

Es un honor y un placer comentar las impresiones que me ha producido la lectura de veinte relatos, 17 breves –y hasta muy breves– y tres extensos y densos –como novelas condensadas–, que integran el volumen de cuentos de Martha Cerda *Las mamás, los pastores y los hermeneutas*, publicado por Ediciones Castillo el año pasado en la colección Más Allá.

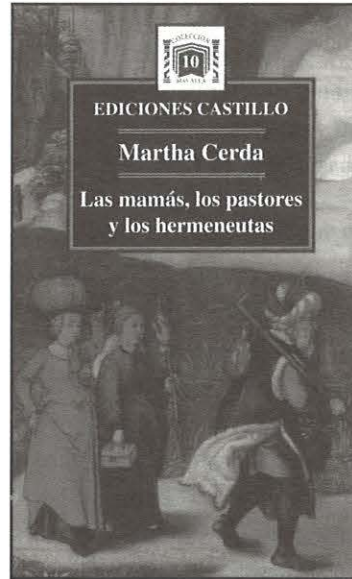
Es un honor porque verme vinculada, aunque sea circunstancialmente, al nombre de Martha Cerda, lo constituye en grado sumo, ya que se trata de una autora de obra reconocida en un medio tan rico en excelentes narradores como el de México, que desde tiempos de Sor Juana ha podido vanagloriarse de contar con voces femeninas de primera magnitud en el ámbito de nuestra lengua, y porque esta escritora tapatía es una activa promotora de la literatura escrita por mujeres, defensora de los derechos de los escritores, como presidenta del PEN Club de Guadalajara, formadora de nuevos autores,

Luisa Campuzano, es directora del Programa de Estudios de la Mujer de la Casa de las Américas, La Habana, Cuba.

como directora de la escuela de escritores SOGEM de la misma ciudad.

Y es un placer porque la lectura de estos textos, que me sugiriera el maestro Carlos Arredondo, se convirtió, nomás al hojearlo, en una incitante aventura que me demandaba mucho más que una simple decodificación, como dice muy bien el maestro Carlos en su nota de presentación, exigía una colaboración, una puesta en máxima alerta de la inteligencia, la memoria, la capacidad para captar el humor, la ironía, el sentido lúdico, en fin, todos los grados de intertextualidad y dialogismo con que se bordan estos relatos en una trama cultural tan bien urdida, tan rica en alusiones y ecos, como en contradicciones y disonancias.

El mero enunciado de algunos títulos, comenzando por el oximorónico, inesperado y desafiante *Las mamás, los pastores y los hermeneutas*, ya es de por sí de la mayor elocuencia connotativa, ya que no informativa, pues no sólo conducen al lector más allá del texto, de lo que explícitamente se dice en él –como es el caso de «El elogio del padrastro», que si bien paródicamente nos lleva a Vargas Llosa, no tiene nada que



ver con él-, sino que nos sitúa en un contexto muy distinto, pues es la historia de una mujer que madura y no se atreve a tomar el último tren; también juega con el léxico, desamentizando palabras triviales, banalizadas, con un nuevo sentido, como «Inventario», relato que da cuenta de la existencia de un gato inventado, imaginado (imaginario, bestiario, inventario).

Esto lo encontramos también en el título de otro cuento que forma parte de un subconjunto del mayor interés desde el punto de vista temático: aquel que agrupa cuatro relatos de tema bíblico: dos referentes al Antiguo Testamento y dos al Nuevo, materia, dicho sea de paso, a la que si bien alude el título general del libro, no tiene mucho que ver con las mujeres, ni como mamás –ellas, lo dice el cuento, nada tuvieron que hacer en la creación–, ni como pastores, pues entre los católicos no podemos ejercer el sacerdocio, ni, por supuesto, como hermeneutas. Este cuento es «Realidad virtual», que podría leerse tanto en el sentido indicado literalmente, y concebir un destino «otro» para Adán y Ave (que es como aquí se llama su coinquilina, ya que no pareja, en el Paraíso), y también como «Realidad virtuosa», pues Adán es incapaz de pecar y muere sin hacer el menor esfuerzo por dejar descendencia.

Un título irónico es «La última campanada», en el cual se refiere, desde la voz de su protagonista masculino, el fin de las relaciones sexuales emprendidas una década atrás por dos sexagenarios: un cura párroco y una beata que

durante años fue angelito o Virgen María, y sólo cuando la edad le impidió desempeñar estos papeles, accedió a los deseos de su eterno cortejante, próximo a una irremisible impotencia.

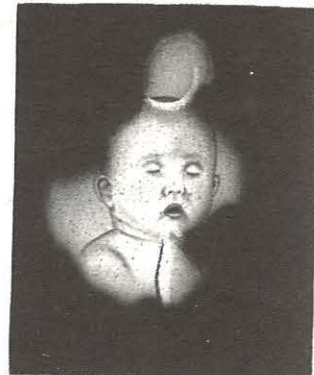
Dejando a un lado este aspecto paratextual, el de los meros títulos, adentrémonos algo más en los cuentos. Y para ello comencemos por estos con que la autora reescribe algunas páginas de las Sagradas Escrituras, de modo tal que podríamos subtítular a dos de ellos, parafraseando a José Saramago, «El Génesis según Martha Cerda» –me refiero a «Las mamás, los pastores y los hermeneutas» y a «Realidad virtual»– y a un tercero, que narra la transmutación de un representante del personaje de Cristo en el propio Cristo, en la escenificación de la Pasión del Señor en Iztapalapa, «La Pasión según el Chato Aguirre». El último cuento de esta temática tan poco frecuentada por mujeres sería algo así como el *making off* de «La última cena», o «El evangelio según Leonardo», ya que en él se mezclan el discurso bíblico con el plástico, las voces de los apóstoles y la de Jesús con la de Leonardo, y el tiempo de la acción con el de la narración pictórica, todo sabiamente organizado, focalizado hasta el más significativo detalle, por un narrador que sólo necesita treinta líneas para comunicarnos este intenso juego de espacios, tiempos, personajes, voces, lenguajes, perspectivas...

Otro núcleo temático importante es el que se relaciona con la condición femenina, desarrollado en «La otra cara de la moneda», donde se insinúa la posibilidad de

una retirada, un abandono del espacio público; esa nueva tentación, más fuerte que las que debió resistir San Antonio, que hemos de aprender a rechazar y vencer las mujeres, que una vez supimos ocuparlo y luchamos diariamente por defenderlo, pero que a veces, ¿por qué no?, nos cansamos y soñamos con la tranquilidad (¿alguien dijo tranquilidad?) del dulce (¿alguien dijo dulce?) hogar. «Casi intacta», «El escarabajo rojo» –excelente, pero muy difícil de comentar en tan poco tiempo–, «El elogio del padrastro» y «Deliberadamente» se inscriben del mismo modo en esta línea con la que tocan otros textos mucho más insertados en un ámbito en el que Martha Cerda también se mueve con mucho talento: el de lo fantástico, alcanzado en un toque final, inesperado, súbito. Me refiero a textos de una intensidad ética y excelencia narrativa de primera magnitud, como «Niña sin nombre», «Cumpleaños» y «Cada que llueve me acuerdo de Lety».

Dentro de lo puramente fantástico, y en ocasiones fantasmagórico, cabría detenerse en «Presagios del pasado», un cuento espectacular que juega con lo real y lo virtual en el espacio de las relaciones familiares; en «María Elena», extrañamente rulfiano, y en la pequeña y deliciosa joyita que es «Amenazaba tormenta», el cual, gracias al delirio prosístico que me ha contagiado la autora, me atrevería a subtítular, valiéndome de Chesterton, «El hombre que fue nube».

Por último, quisiera referirme a los textos que más directamente, como lo hiciera en su vigorosa



Autorretrato con mis hermanos, 1992
[tercera, cuarta y quinta imágenes del políptico]

novela *Y apenas era miércoles*, se relacionan con la vida y los hechos, algunos memorablemente dramáticos, de su ciudad natal, Guadalajara.

En «22 de abril» la autora vuelve sobre la catástrofe sufrida por la ciudad a causa de la desidia y el afán de lucro de gobernantes y funcionarios. Este texto, como la novela mencionada, son de la estirpe moral y ciudadana, y de la urgencia política de los testimonios documentales o periodísticos de Elena Poniatowska, como *La noche de Tlatelolco*, *Nada, nadie* y *Las voces del temblor*. Este tema se retoma como pretexto para la escritura de un apócrifo de la más cuidada factura: «Los dos abri-les (1786-1992)», en el que la explosión de gas hace salir a la superficie un documento relativo a la peste que asolara la ciudad dos siglos antes y, posiblemente —estamos en el espacio resbaladizo del terror—, a quien lo protagonizara, redactara y anotara doscientos años después: una suerte de demonio actuante en la ciudad.

Por otra parte, también sobre Guadalajara, pero referido a su

ámbito intelectual, a su *petite mafia*, aunque dirigido de igual modo hacia otras dimensiones más complejas de la personalidad, «Farsa en un acto» reconstruye un ambiente enfermizo, hostil, desagradable, donde los personajes pugnan por desplazarse, para acabar aniquilándose unos a otros.

Y así acabamos con este pequeño recorrido por un libro complejo, disparado hacia muchas direcciones, lleno de llamadas de alerta e invitaciones a la ironía y el humor, con la seguridad de que apenas hemos podido apuntar algunos de sus múltiples aciertos, pero con la certeza de haberlos incitado a su lectura y, con ella, a conocer mejor a una excelente narradora latinoamericana.

Las mamás, los pastores y los hermeneutas, *Martha Cerda*. Ediciones Castillo, Monterrey, N.L., 1995.

Luvina

literatura y arte • 7 • invierno de 1996

se vende en las mas prestigiadas librerías:

Gandhi

Gonvill

Centro Cultural Librería Guadalajara

Jardín de Senderos

La Escalera

Librería México

Librería Colofón

Librería El Crisol

Códice

así como en puestos de periódicos y locales cerrados como:

Museo de las Artes, Plaza México,

Instituto Cultural Cabañas, Sanborns...

REFORMA y utopía

REFLEXIONES SOBRE EDUCACIÓN SUPERIOR

REVISTA INTERUNIVERSITARIA EDITADA POR
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE AGUASCALIENTES
UNIVERSIDAD DE COLIMA
UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE GUERRERO
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MORELOS
UNIVERSIDAD MICHOACANA DE SAN NICOLÁS DE HIDALGO
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NAYARIT
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SINALOA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE ZACATECAS

mayores informes:

sede de la coordinación del programa

REFORMA Y UTOPIA

Universidad de Guadalajara

Edificio Cultural y Administrativo

Avenidas Juárez y Enrique Díaz de León

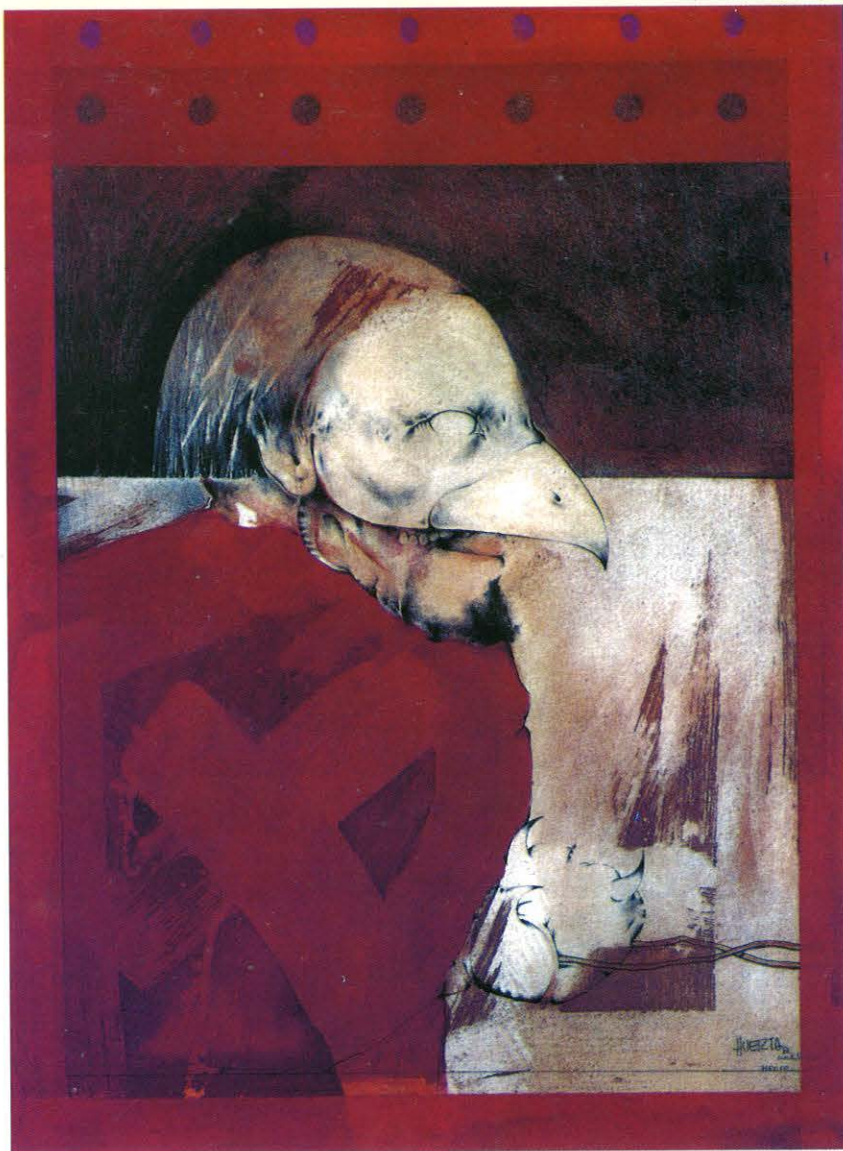
Piso 8

☎ [3] 825 8888 ext. 132 / fax [3] 825 6923



Ballet Folclórico
de la Universidad de Guadalajara

TEATRO DEGOLLADO
funciones todos los domingos a las 10 am



Marcos Huerta
La máscara
acrílico sobre cartón 75 x 56 cm

colección permanente



MUSEO DE LAS ARTES
UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA